Abril 17 de 1919 — Núm. 42

LA ESCENA
REVISTA TEATRAL

APARECE LOS JUEVES — CON UNA OBRA DE EXITO



Fot. Colistro



CANTOS RODADOS

Comedia en 3 actos y en prosa

original de

Francisco Imhof

Crystal Palace

Corrientes 1550 U. T. 6533 Lib.

El Cine de los grandes estrenos

Incomparable salón en la selección de las películas que diariamente se exhiben, y el que reune a su vez las comodidades imprecindibles en los días calurosos contando para ello con un techo corredizo en toda la extensión del salón en un total de 400 metros cuadrados.
Distinguese este cine por la primicia de los grandes estrenos.

Todos los Lunes, y Domingos un estreno FOX FILM

Todos los Miércoles un estreno Goldwin

Todos los Domingos un estreno VITAGRAPH (Cordon Azul

Orquesta clásica bajo la dirección del Maestro Ausonio Pisani

Todos los días de la semana estreno de una pelicula Triangle



Todos necesitan nuestros relojes luminosos al **Radium**

en cualquier momento del día y de la noche

Solamente usándolo se apreciará la bondad y comodidad del artículo.

Ingersoll Watch Co.

393 Cerrito 393

Año II. Abril 17 de 1919 Num. 42

LA ESCENA

Revista Teatral **Aparece los jueves**

Dirección y Administración — Fotografo — Administrador

CORRIENTES 1283 — R. COLISTRO — JOSÉ COLETTI

U. T. 4192 LIBERTAD

CANTOS RODADOS

Comedia en 3 actos y en prosa original de **FRANCISCO IMHOF**
Estrenada en el Teatro Solís de Montevideo por la Compañía Salvat Olona el 2 de Abril de 1918 y en Bs. As. por la Compañía Rico-Podestá, el 11 de Abril de 1919

REPARTO

	En Montevideo	En Buenos Aires
Elena 20 años	Sra. J. Tressols	E. Buschiazzo
Sra. Lagos 55 años	Sta. J. Meliá	O. Rico
Margot 20 años	Sra. C. Olona	S. Vargas
Angélica Cascabel 40 años	» J. Sánchez	A. Musto
Concepción Cascabel 35 »	» M. Andrès	R. Santillan
Dominga	» M. Fabregas	C. Bastardi
Pedro Verdier 40 años	Sr. J. Vehil	E. Arellano
Enrique 35 años	Sr. N. de las Llanderas	A. Lliri
Soto 30 años	» G. Gobelay	A. H. Fuentes
Sargazo 60 años	» A. Morató	J. Mangiante
Lagos 60 años	» A. Casals	P. Podestá
Caballero 1o.	» J. Masegosa	F. Bastardi
Caballero 2o.	» J. Tressols	T. Podestá
Ceferino	» E. Espinar	P. Maselli

Máscaras, Caballeros, Criados-Epoca actual-Lugar de la acción en Montevideo

ACTO PRIMERO

Baile de disfraz en la casa-quinta de la familia de Lagos. La escena se desarrolla en una salita. Varias mesitas adornadas artísticamente, espejos, etc. En el foro, puerta-vidriera que da al salón principal. En el foro, hacia la izquierda, puerta que conduce al exterior. Puerta a la izquierda, puerta a la derecha por donde entran y salen los criados. Durante todo el acto se oye de vez en cuando, de un modo velado, la música de una orquesta que toca valses, etc. Derecha e izquierda las del expectador.

ESCENA I

SOTO y la GITANA, después VERDIER, una MARQUESITA, SARGAZO, Sra. DE LAGOS, 1.° y 2.° CABALLERO, máscaras, caballeros y criados. (Al levantarse el telón, entran por el foro SOTO de frac y una GITANA).

SOTO.—¡Ah! Gitanita, todos los días me convenzo de nuevo de que te inspiro una antipatía cada vez mayor.

GITANA.—¿Por qué, mi perspicacísimo doctor Soto?

SOTO.—Porque siempre me tratas tan mal.

GITANA.—¿Cómo entiendes eso de siempre?

SOTO.—Siempre significa todos los días, ayer, hoy, mañana.

GITANA.—Del mañana no hables. Eso es invadir mis atribuciones. Mañana es lo porvenir, que sólo una gitana es capaz de escrudiñar.

SOTO.—Bien, digamos ayer.

GITANA.—Tampoco. Ayer la gitana no puede haberte ofendido, porque no existía. No era más que un proyecto.

SOTO.—(**Riendo**). Tu lógica desesperaría a un profesor de matemáticas. Dime, entonces, ¿por qué me odias hoy?

GITANA.—(**Solemnidad cómica**). ¿Quién osaría explicar los caprichos de una gitana? Pregúntales a las nubes de donde vienen. Pregúntales donde van. El viento las trae, el viento se las lleva.

SOTO.—¿Y qué debo hacer, para que el viento arrastre las nubes, esta noche?

GITANA.—Llama al viento.

SOTO.—Revélame un conjuro para que obedezca a mi llamado.

GITANA.—Descúbrelo tú mismo.

SOTO.—Hace tiempo que lo busco y no lo encuentro.

GITANA.—¿Un hombre tan sabio?

SOTO.—¿Qué vale mi ciencia al lado de tu magia?

GITANA.—(**Riendo**). Ten perseverancia y paciencia.

SOTO.—Gracias, gitanita, por esa palabra de aliento. Quisiera decirte tantas cosas, pero tu presencia me vuelve tímido como un niño. Quisiera decirte...

GITANA.—(**Interrumpiéndolo**). ¿Que te regale un biberón?

SOTO.—(**Furioso**). ¡Usted es insoportable, Margot!

GITANA.—(**Riendo a carcajadas**). Psit, yo no soy Margot. (**Entra Verdier con una Marquesita**).

VERDIER.—Cuidado, Soto, con las malas artes de la gitana. Esta noche ya ha encantado a cinco o seis amigos míos.

GITANA.—¡Ten cuidado tú mismo, altivo cóndor! Los arrullos de la tímida paloma son más temibles que mis maleficios.

MARQUESITA.—Los arrullos de la tímida paloma no conmueven el corazón de los cóndores. (**Toman asiento alrededor de una mesita. Un criado que entra les sirve champagne**).

GITANA.—(**Toma un bombón de la mesa y le ofrece a la marquesita**). ¿Un bombón, Alteza?

MARQUESITA.—(**Sirviéndose**). Gracias, gitanita.

GITANA.—(**Le ofrece a Soto**). No te quejarás ahora de mis rigores; te ofrezco dulces.

SOTO.—Más dulces son tus ojos, gitanita. (**Toma un bombón**).

MARQUESITA.—(**Batiendo palmas**). ¡Soto galante! ¡Soto se vuelve galante!

VERDIER.—Mal asunto para sus enfermos.

MARQUESITA.—¿Por qué, Verdier?

VERDIER.—Porque la medicina es una señora muy celosa, que no admite rivales. (**A la gitana, tendiéndole la diestra**). Vamos a ver si la gitana sabe decir la buena ventura.

MARQUESITA.—No, la otra, la izquierda, la del corazón.

GITANA.—(**Toma la mano de Verdier y la mira atentamente**). Es muy difícil. No veo claro. Pero sí; veo su ideal y, al lado de su ideal, una sombra.

VERDIER.—¿Nada más?

GITANA.—Nada más, por ahora.

VERDIER.—Tu oráculo es muy oscuro.

GITANA.—(**Amenazándole con el dedo**). No te burles de la gitana. Tú no conoces su poder. ¡Ya verás! ¡Ya verás!

VERDIER.—¡Tiemblo!

GITANA.—(**Como antes**). ¡No te burles, no te rías! ¡Dame un cigarillo! (**Fuma, echa el humo dentro de un vaso y lo mira atentamente**). El humo del cigarillo se retuerce y forma espirales misteriosas. Obedece al conjuro de la gitana. Donde el resto de los mortales no ve más que humo, la gitana distingue los signos, que le revelan los arcanos del porvenir.

Ahora conozco tu secreto, Verdier. **(Entran Sargazo, grupos de máscaras y caballeros. Riendo y charlando se agrupan alrededor de varias mesitas).**

VERDIER.—Te autorizo a publicarlo.

GITANA.—No, ahora no. Te lo diré a tí solo.

MARQUESITA.—Gitanita, estudia la mano de Soto. Veamos su ideal.

GITANA.—**(Mirando la mano de Soto).** Sapientisimo galeno: tu ideal es una incomparable mujer, provista de cuatro brazos. Con el primero maneja una escoba, con el segundo un plumero, con el tercero atiza el fuego de la cocina y con el último sostiene un libro interesantísimo. **(Carcajada general).**

SOTO.—¿Cuál es el título de ese libro?

GITANA.—Manual de la perfecta dueña de casa, quinta edición, mejorada y aumentada, con ilustraciones y máximas edificantes.

SARGAZO.—**(Aplaudiendo).** ¡Qué mascarita más graciosa! ¡Cuánto esprit! ¡Quel charme!

TODOS EN CORO.—**(Aplausos y carcajadas).** ¡Bravo! ¡Muy bien! **(La gitana se levanta y agradece las manifestaciones. Le lanzan flores y serpentinas).**

SARGAZO.—**(Muy afectado).** Bella gitanilla, ¿no fulminarás a este mísero mortal si se atreve a pedirte que leas su horóscopo?

GITANA.—**(Remedándolo).** Irresistible Adonis, tu horóscopo me anuncia que Amor te reserva triunfos sin par.

SARGAZO.—**(Muy ufano).** ¡Charmante, elle est charmante! **(Entra la señora de Lagos).**

Sra. LAGOS.—Se va a bailar el cotillón.

TODOS EN CORO.—El cotillón, el cotillón.

Sra. LAGOS.—**(A Gitana y Marquesita).** ¿Se divierten, hijitas?

GITANA.—Muchísimo, señora.

MARQUESITA.—La gitanita nos hace morir de risa.

SOTO.—**(Compungido).** Lo malo es que, como de costumbre, yo pago costas y costos.

Sra. LAGOS.—Pobre Soto. **(Amenazándole con el abanico).** Ya le llegará el día del desquite.

CABALLERO 1o.—**(Ofrece el brazo a la marquesita).** ¿Se digne Vuestra Alteza?

CABALLERO 2a.—**(Ofrece el brazo a la gitana).** ¡Qué dichoso me haces, gitanita!

GITANA.—Y sin quererlo. Es aún más meritorio.

SARGAZO.—**(Pasando con una máscara).** Cuanto esprit. Quel charme. **(Salen todos menos la señora de Lagos, Verdier y Soto).**

ESCENA II

Sra. DE LAGOS, VERDIER y SOTO.

Sra. LAGOS.—**(A Verdier).** ¿Dónde está Enrique? No le veo desde las doce. **(Entran dos criados, que arreglan las mesas, sacan las copas, etc.)**

VERDIER.—Se fué, hace media hora, sin decirme para donde.

Sra. LAGOS.—¡Ah, muchacho, muchacho! ¡Siempre es el mismo!

VERDIER.—Me aseguró que volvería inmediatamente.

Sra. LAGOS.—¿Ustedes no bailan?

VERDIER.—Nuestras compañeras nos han permitido descansar.

Sra. LAGOS.—**(Riendo).** Muy bien. No quiero interrumpir su sueño. Sobre todo Soto lo necesitará, para librar nuevas batallas con la gitana.

SOTO.—Y para sufrir nuevas derrotas.

Sra. LAGOS.—**(Riendo).** ¡Animo, Soto! **(Sale dando órdenes en voz baja a los criados que se retiran también).**

ESCENA III

VERDIER Y SOTO

SOTO.—No es una mujer; es un bichito de luz.

VERDIER.—¿Quién?

SOTO.—Margot.

VERDIER.—**(Riendo).** ¡Pobre Soto!

SOTO.—¿Has perseguido alguna vez una luciérnaga en una noche

oscura? Es imposible cazarla. Cuando ya estás cerca, cuando extiendes la mano. desaparece bruscamente. Exactamente como Margot.

VERDIER.—Médico, no desesperes, Margot te quiere. Todo el mundo sabe que ustedes están destinados a ser una parejita.

SOTO.—No sé, no sé. En todo caso usa procedimientos muy particulares para demostrarme su simpatía. He intentado, quizá unas diez veces, hacerle una declaración. ¡Imposible! Sus recursos para evitarla son infinitos. ¡Ah! ¡Pedro Verdier! Esa chiquilla de veinte años va a ser la causa de mi prematura muerte. A su lado me siento imbécil. Mi lucha con ella, es la de un oso siberiano contra un colibrí. ¡Y cómo me critica! "Soto, usted es demasiado serio. Soto, usted debe cambiar de sastre. Usted lleva un frac horriblemente mal cortado". En fin, me deja sin argumentos.

VERDIER.—¡Ah! ¡Soto! Si supieras cuánto te envidio.

SOTO.—¿Tú? ¿Qué me envidias?

VERDIER.—Tu entusiasmo. Tu juventud.

SOTO.—Hombre, no hay tanta diferencia de edad entre nosotros.

VERDIER.—¡Casi nada! ¡Diez años! ¡Y qué diez años !Daría, sin vacilar, mi fortuna con tal de borrarlos de mi existencia. Ayer cumplí los cuarenta. ¡Un cuatro y un cero! Es una edad fantástica para el soltero. ¡Cásate pronto, Soto, cásate!

SOTO.—**(Riendo)**. Haz lo que yo digo y no hagas lo que yo hago. ¿Y tú?

VERDIER.—Es tarde para mí. Soy un viejo.

SOTO.—¡Un viejo! ¿Con tus cuarenta años que nadie te atribuiría?

VERDIER.—Soy viejo moralmente. Todo me aburre. Todo me parece absurdo: las fiestas, el teatro, la vida misma y su corolario: la muerte. **(Risa sarcástica)**.

SOTO.—Exageras. ¿No te diviertes hoy? ¿No te reías hace cinco minutos, como todos nosotros?

VERDIER.—El cómico en las tablas también ríe. Lo hace para el público.

SOTO.—Neurastenia. Eso pasa.

VERDIER.—Apareció la facultad: cocodilato de sodio y glicerofosfato de calcio. No me sirven. Si pusieras a mi disposición algún sistema nervioso, nuevito, de repuesto, o si al menos pudieras frotar el mío con piedra pomez.

SOTO.—**(Riendo)**. Me exiges demasiado. Mi remedio es más eficaz.

VERDIER.—¿Y a qué farmacia llevo tu receta?

SOTO.—Eso ya es más grave. ¡Alto ahí! ¡Una idea genial! La marquesita. Elena Lagos.

VERDIER.—¡Estás loco! **(Secamente)**. Una muchacha de veinte años. **(Melancólico)**. No se puede injertar una flor sobre un tronco apolillado, porque la flor se marchita.

SOTO.—**(Mirándolo atentamente)**. ¡Hum! ¿No habré puesto el dedo en la llaga? Noto unos colorcitos en tu cara.

VERDIER.—**(Embarazado)**. No digas tonterías. Elena podría ser mi hija. La he llevado en mis brazos. El carnaval autoriza todas las locuras. Realiza el milago de metamorfosear a los viejos en jóvenes y a los jóvenes en viejos, pero, desgraciadamente para los viejos y felizmente para los jóvenes, la vida no es un carnaval. La primavera será siempre primavera y el otoño no dejará de ser otoño porque oculte su calvicie bajo una peluca bien peinada.

SOTO.—El amor es una fuente de Juvencio.

VERDIER.—**(Burlón)**. ¡Hermosa frase! **(Serio)**. No, mi querido Soto. He renunciado definitivamente al matrimonio. Mi rol en el mundo se limita hoy a aconsejar a los demás, y empiezo por ti. No pierdas tiempo, que la vida es corta. A los veinte los años parecen siglos; a los treinta, minutos, y a los cuarenta... segundos. **(Entra Enrique por el foro, de frac y sombrero)**.

ESCENA IV

LOS MISMOS y ENRIQUE. Después un CRIADO

ENRIQUE.—**(Entrando)**. El hijo pródigo vuelve a los paternos lares

y c[illegible]ta con dolor la ausencia del becerro gordo. Pero soy hombre de recursos; lo reemplazo por el champagne. **(Al criado que ha entrado).** ¡Dame una copa, Ceferino! **(La apura de un trago. A Verdier).** ¿Ha llamado la atención mi escapada?

VERDIER.—Tu mamá preguntó por ti.

ENRIQUE.—¡Bueno! Sermonem habemus.

VERDIER.—¿De dónde vienes?

ENRIQUE.—De la ruleta. Manón y Clarisse me habían pedido que las llevara.

VERDIER.—¿Cómo te fué?

ENRIQUE.—¡Mal! Barba Azul se nos habia pegado como una sombra. Es un gettatore espantoso. **(Al criado).** ¡Dame más champagne, Ceferino! **(A Verdier y Soto).** Tengo la boca más seca que el gran Chaco. **(Toma su copa de un trago).** ¡Ah! esto es la vida. ¿No le parece, doctor?

SOTO.—Según la dosis, Lagos. También suele dar la arterio-esclerosis.

ENRIQUE.—¡Bah, qué me importa! De algo hay que morir. Los gusanos que me han de comer algún día, tienen buen estómago. No creo que les interese saber si deben su banquete a la arterio-esclerosis o a un accidente de auto.

VERDIER.—**(Irónico).** Te aconsejo que escribas un tratado de fi[illegible]sofía. Estoy seguro de que tu frase sobre los gusanos causaría se[illegible] el mundo científico.

ENRIQUE.—Los filósofos son unos imbéciles. ¿N[illegible] Soto?

SOTO.—Es evidente.

ENRIQUE.—¡Sí, hombre! Hace veinte añ[illegible] libro. ¿Para qué sirven los libros? Para enven[illegible] ideas negras. ¡Mírelo a Verdier! Su biblioteca es más grande que [illegible]cional y se pasa los días leyendo a Darwin y a otros pobres diablo[illegible] el estilo. **(Al criado).** ¡Qué nombre grotesco tienes, Ceferino! Ceferino [illegible]be de significar: hijo de céfiro. Barba Azul es un gettatore incorregible. No voy a jugar más cuando le vea en la sala. **(A Verdier).** ¿Por qué me miras, Verdier?

VERDIER.—**(A Soto).** Contempla la cara de Enrique Lagos y acuérdate del consejo que me diste hace un momento.

SOTO.—No comprendo.

VERDIER.—**(Burlón).** Mira el hermoso rostro de Lagos y dime si yo puedo casarme.

ENRIQUE.—¿Casarte tú? **(Carcajada).** ¡Qué disparate! Pero ¿qué tiene que ver mi cara con tus posibilidades matrimoniales?

VERDIER.—Más de lo que te imaginas. ¿Sabes lo que son los cantos rodados?

ENRIQUE.—Creo que son unas piedras.

VERDIER.—Eso es. En su origen son fragmentos de roca que se desprenden de las cumbres o de las laderas y ruedan al valle...

ENRIQUE.—¡Dame más néctar, hijo del Céfiro! ¡Adelante Verdier! Es muy instructivo.

VERDIER.—En el valle, los recoge algún arroyo, los arrastra, los frota los unos contra los otros, y cuando están bien lisos, bien pulidos e igualitos como hermanos, los echa a la orilla o los hunde en el fango.

ENRIQUE.—**(Bostezando con disimulo).** Es muy interesante. **(Brinda a Soto).** ¡Salud, doctor!

VERDIER.—Eso somos nosotros dos, tú y yo, Enrique. Dos cantos rodados. Hace veinte años que nos arrastra la misma corriente; veinte años que agotamos los mismos placeres; mejor dicho, que los mismos placeres nos agotan. La vida noctámbula nos ha impuesto su máscara de cartón. **(A Soto).** ¿No nos encuentras cierto aire de familia? ¿No en las facciones, pero en la expresión de los ojos, de la boca?

SOTO.—**(Evasivo).** Hombre, nunca los había mirado desde ese punto de vista.

VERDIER.—Sin embargo, el hecho es innegable, y, hasta cierto punto, cómodo para mí. Me permite utilizarlo a mi compañero Lagos como espejo viviente. Te juro que él me da una idea mucho más exacta de mi aspecto que los espejos de cristal.

ENRIQUE.—Notable. **(Entusiasmado).** ¡Notable, sí señor, notable! **(Bebe).**

VERDIER.—Un ejemplo. ¿Ves esa arruga? **(Señala con el dedo el ojo derecho de Enrique).** Es nueva, hace unos días no la tenía. Ella me indica que mañana tengo que someterme a una sesión de masaje facial. ¿Y esas canas? Son recientes también. Pues mañana a teñirse. ¿Y el color de su cara? Está amarillo como un limón. Eso significa que necesito veinticuatro horas de sueño ininterrumpido.

SOTO.—**(Riendo).** Es original. Son ustedes gemelos siameses.

ENRIQUE.—¡Salud, hermano siamés!

VERDIER.—¡En lo físico, compañero, en lo físico! En lo moral hay alguna diferencia. En ese sentido somos tan distintos como si, realmente, fuésemos hermanos. Felizmente para mí.

ENRIQUE.—**(Brinda).** ¡Salud, viejo!

VERDIER.—**(Chocando con Enrique).** ¡¡Sí, hombre... choca!!... ¡¡Fuera los fantasmas grises!! **(Levanta su copa).** ¡Bendito seas, glorioso [illegible]e! ¡Bendito seas, viejo y barbudo Noé, genial creador de la fuente [illegible] ti te brindo esta copa, a tí, que en algún tranquilo rincón [illegible]s el tedio de las eternas noches del diluvio, en un mar [illegible] **[illegible]ebe su copa de un trago; el criado la llena de** [illegible]a, médico, que hoy es carnaval!! Deja, por unos [illegible]abio y entra a reforzar el coro del manicomio.

ENRIQUE.—**(Levanta su copa).** ¡Bendito seas, barbudo champagne! [illegible]dito seas, espumante Noé! **(Al criado).** ¡Bendito seas, hijo del Céfiro, dame más vino de la Judea! **(Bebe un trago).** Bendito...

VERDIER.—**(Le interrumpe riendo).** No te entusiasmes, que ya van muchas bendiciones y tu madre te espera.

ENRIQUE.—¡Caramba! es verdad.

VERDIER.—Ve a tranquilizarla y después al arroyo, compañero, al arroyo, nuestro verdadero medio.

ENRIQUE.—Ya es mucha farra. Hace tres noches que no duermo.

VERDIER.—Tienes todo el día para dormir. ¡¡Esta noche quiero vaciar la copa del letargo hasta paladear el amargor de la hez!!

ENRIQUE.—Bueno, adelante. **(Se dirige al fondo con paso ligeramente vacilante).** ¡Bendito seas, barbudo champagne! ¡Bendito sea!... el discurso que me va a echar mi vieja. **(Sale).**

ESCENA V

SOTO y VERDIER

VERDIER.—**(Riendo).** Qué sujeto imposible.

SOTO.—Francamente, no comprendo cómo tú, intelectual de pura cepa, puedes ser amigo de ese pobre muchacho.

VERDIER.—¿Qué quieres? Me divierte con su eterna alegría y con sus dicharachos. Me ahuyenta las ideas negras.

SOTO.—Ni así me explico...

VERDIER.—¡Ah, pedante! Quieres agriarme una de las pocas satisfacciones que me quedan. ¿No concibes el placer de hacer vibrar, por unas horas, tu cerebro, al unísono, con el de un niño grande?

SOTO.—No, no lo concibo.

VERDIER.—**(Grave).** Transforma el día en noche y la noche en día, abandona tus enfermos y dedícate a la orgía y me comprenderás.

SOTO.—**(Pensativo).** Quizá. **(Entra la gitana del brazo de Sargazo).**

ESCENA VI

LOS MISMOS, la GITANA y SARGAZO

SARGAZO.—¡Charmante, Charmante, cuánto esprit!

GITANA.—La gitana le agradece al irresistible Adonis sus servicios de paje de guión. El paje puede retirarse.

SARGAZO.—Deliciosa gitanita, obedezco a tu mandato aunque mi corazón se desgarre. ¡Qué mascarita más espiritual! **(Sale).**

GITANA.—¡Ay! Dame aire, Soto.

SOTO.—**(La abanica).** ¿No te sientes bien?

GITANA.—**(Quejumbrosa).** Un pequeño vahido. Lo atribuyo al hacinamiento.

SOTO.—¿Qué hacinamiento, si no somos más que tres?

GITANA.—Creo que respiraría mejor, si no fuésemos más que dos.

SOTO.—Eso prueba que hay uno de más.

GITANA.—**(Como antes).** ¡La sala es tan pequeña!

SOTO.—¿Naturalmente soy yo quien te enrarece el aire?

GITANA.—**(Admirada).** ¡Nada escapa a tu penetración!

SOTO.—**(Furioso).** Hoy está usted más... más... **(Buscando la palabra).** Más imposible que nunca. **(Sale).**

ESCENA VII

VERDIER y LA GITANA

VERDIER.—¡Qué talento para despejar una sala! **(Serio).** Gitanita, eres cruel con Soto.

GITANA.—El altivo cóndor ve la astilla en el ojo ajeno y no ve la viga en el propio.

VERDIER.—El altivo cóndor no te comprende.

GITANA.—Porque no quiere. Porque vuela muy alto, en las heladas regiones donde reinan la soledad y el tedio.

VERDIER.—¡Es su destino!

GITANA.—¡No! La gitana ha leído tu sino en las misteriosas espirales del humo. Tu corazón sangra en silencio. El cóndor quisiera buscar el calor de la tierra y no se atreve.

VERDIER.—**(Sorprendido).** Empiezo a creer que posees la magia negra.

GITANA.—¿Sería gitana si no la poseyera? Si descendieras de tus cumbres, oirías los arrullos de la tímida paloma que suspira por ti, y por quien tú suspiras.

VERDIER.—**(Emocionado).** ¡Margot, no sea cruel! ¿Quién le ha revelado mi secreto?

GITANA.—**(Batiendo palmas).** ¡Las líneas de tu mano! ¿Confiesas? ¿Confiesas?

VERDIER.—**(Como antes).** ¡No juegue conmigo, Margot! Usted es muy niña. Hay dolores que usted no puede adivinar ni comprender.

GITANA.—**(Con un dedo sobre la boca).** Psit, psit, yo no soy Margot. Soy la gitana. Nada se me puede ocultar. La gitana no miente. Si tienes oídos para oir, también tienes ojos para ver. Observa. No puedo hacerte más revelaciones. **(Se levanta para irse).**

VERDIER.—No, Margot, no la dejo escapar. Me ha dicho demasiado para no decirme todo. Necesito saber si usted me ha hablado en serio. **(Entra la señora de Lagos del brazo de Soto).**

ESCENA VIII

DICHOS, SEÑORA DE LAGOS y SOTO

Sra. LAGOS.—**(A Verdier).** En los salones le reclaman, Verdier. Por todas partes se ven mascaritas tristes que preguntan por usted. **(A Soto).** Venga, Soto, vamos a charlar un rato si no le aburre demasiado el dedicar dos minutos a una vieja.

SOTO.—¡Oh, señora!

GITANA.—¡Tu brazo, Verdier! Consolemos a las mascaritas tristes. **(A Soto).** ¿Todavía te dura el enojo? **(Zalamera).** No le guardes rencor a la gitanita. Ha tenido que cumplir una misión sagrada.

Sra. LAGOS.—**(Dándole una palmada cariñosa a la gitana).** ¿Qué le habrás hecho, diablito, cuando le pides perdón?

GITANA.—Le he dicho que es muy buen mozo. **(Salen Verdier y la Gitana).**

ESCENA IX

SEÑORA DE LAGOS y SOTO

Sra. Lagos.—¡Qué monada de muchacha! ¿Qué tal, adelanta ese sitio?
SOTO.—Al contrario, señora. Pierdo terreno. Estoy muy desanimado.
Sra| LAGOS.—**(Riendo)**. ¡Valor, Soto! Valor y constancia.
SOTO.—¡Ah, señora! Usted no se imagina cómo Margot me ha tratado esta noche.
Sra. LAGOS.—Le voy a dar un consejo, pero uno solo porque no debo traicionar la solidaridad femenina. Demuéstrele a Margot que usted es más fuerte que ella.
SOTO.—Gracias, señora, trataré de hacerlo.
Sra. LAGOS.—**(Cambiando de tono)**. Pasemos ahora a mis cuitas; porque su vieja amiga también las tiene, y tal vez más graves que las suyas. Usted me va a responder con entera franqueza. ¿Qué piensa usted de mi hijo Enrique?
SOTO.—**(Confuso)**. Señora, realmente... usted me sorprende un poco. Yo apenas conozco a Enrique.
Sra. LAGOS.—**(Con voz triste)**. Yo sé bien que Enrique y usted no son amigos. Pero usted conoce su vida. Desgraciadamente es tan pública y notoria que nadie la ignora.
SOTO.—Trate de sacarlo de Montevideo. Ustedes poseen una hermosa estancia. La vida de campaña hace milagros.
Sra. LAGOS.—**(Animada)**. A eso iba, precisamente a eso. Lagos piensa como usted, pero la gran dificultad está en que Enrique no quiere ir a la campaña. Soto, usted es un hombre inteligente y recto. Yo sé que Enrique lo respeta. **(Suplicante)**. Concédale su amistad a mi hijo. Haga un sacrificio, trate de aconsejarle. Se lo pide una madre, Soto.
SOTO.—**(Emocionado)**. Señora, usted no puede imaginarse cuánto me emociona la confianza que usted deposita en mí. Yo haré lo humanamente posible. Pero permítame una pregunta. ¿Por qué no se dirige también a Verdier? Estoy convencido de que su influencia sobre Enrique...
Sra. LAGOS.—**(Pensativa)**. ¿Verdier? Sí, Verdier... es cierto. Verdier y Enrique son amigos. Pero... es una amistad tan especial. Se ven únicamente de noche... para... ¿cómo diré?... para divertirse. Por más que sea doloroso para mi orgullo, tengo que decírselo, para que usted comprenda mi duda. Verdier no siente verdadera amistad por mi hijo. Más bien creo que lo desprecia.
SOTO.—**(Sorprendido)**. Señora, supongo que usted... en fin, no me parece...
Sra. LAGOS.—**(Interrumpiéndole)**. ¡Sí, sí, es así! Una madre tiene ojos de lince para todo lo que se relaciona con sus hijos. Verdier, lo confieso, es muy superior a Enrique. Mi hijo no es para él más que el compañero de diversiones. Le tolera como tolera a muchos otros. Además no sé si Verdier me comprendería... Verdier mismo... en fin... a mí no me toca juzgarlo. El es dueño de su vida, es rico, independiente. No, Soto, cuento con usted, con usted solo. **(Entran la gitana y la marquesita)**.

ESCENA X

LOS MISMOS, LA GITANA y LA MARQUESITA

MARQUESITA.—**(Sacándose el antifaz)**. Ay, no bailo más. Quítate el antifaz, Margot. Hace un calor insoportable.
GITANA.—**(Colocándose delante de Soto)**. Si el señor Soto quiere disfrutar de la dicha de contemplar el verdadero rostro de la gitana, debe antes alegrar esa cara.
SOTO.—**(Riendo)**. ¿Quién resiste a tus gracias?
GITANA.—**(Sacándose el antifaz)**. La gitana cede su puesto a una niña muy bien educada que se llama Margot. **(Toma asiento con gravedad afectada)**.
SOTO.—Y que fuma cigarrillos turcos.
MARGOT.—Lo que demuestra que es una mujer superior.
Sra. LAGOS.—Ya empiezan las escaramuzas. No la provoque, Soto, sino, dentro de un momento, estaremos en plena batalla.

MARGOT.—No tema, señora. Hoy no peleo más. Mi corazón reboza de nobles sentimientos, porque he realizado una buena obra.

ELENA.—¿Una buena obra?

MARGOT.—Sí, una buena obra. Mejor dicho, media buena obra. Para hacer la otra mitad. **(Lanza un pequeño grito).** ¡Ay, deme aire, Soto! Un pequeño vahido.

SOTO.—¿Otra vez el hacinamiento?

MARGOT.—**(Quejumbrosa).** La sala es tan pequeña.

SOTO.—Es la segunda vez en el curso de esta noche que usted me destierra de su presencia.

MARGOT.—¡La segunda y última!

SOTO.—Tomo a los presentes por testigos. Es la última vez que Margot...

MARGOT.—Esta noche sí. Lo prometo solemnemente.

Sra. LAGOS.—**(Riendo).** Confieso que no comprendo palabra. Venga, Soto, lo acompaño en su destierro. **(A Elena haciéndole una caricia).** No te expongas a las corrientes, Lenita. Tienes la cara muy encendida.

ELENA.—**(Besándola).** No tengas cuidado, mamita. **(Salen Soto y la señora de Lagos).**

ESCENA XI
MARGOT y ELENA

MARGOT.—**(Misteriosa).** Elena, tú eres mi mejor amiga. Sé que puedo confiarte un secreto. Esta noche Verdier me ha hecho una declaración.

ELENA.—**(Palideciendo y balbuciante).** ¿Una declaración?... ¿a ti... a ti? ¿Verdier?...

MARGOT.—Sí, a mí. ¡Ah! cómo has palidecido. **(Abrazándola).** Tontita, déjame terminar mi frase. Verdier me ha declarado que quiere a una amiguita mía, muy mona y muy disimulada, que se llama... que se llama... vamos, ¿cómo se llama la amiguita?

ELENA.—**(Azorada).** ¿Una amiguita tuya?

MARGOT.—Sí, una amiguita mía, que se llama Elena Lagos.

ELENA.—**(Balbuciando).** ¿Margot... me hablas en serio?

MARGOT.—**(Muy cariñosa).** Sí, Elenita.

ELENA.—**(Como antes).** Si eso no puede ser.

MARGOT.—Lo mismo dice él de ti, exactamente lo mismo. **(Con desesperación cómica).** ¡Dios mío!, ¿qué debo hacer para convencerles de que se quieren?

ELENA.—Verdier te ha dicho que me... quiere.

MARGOT.—Eso mismo. Y ahora tú me vas a confesar que tú le quieres a él. ¡Vamos, rápido!

ELENA.—¡Margot!

MARGOT.—Esa es media confesión. Yo la quiero íntegra, sino no te digo ni una palabra más.

ELENA.—**(Le habla al oído).**

MARGOT.—¿Sí? ¡Al fin! **(La besa).** ¡Uff, qué trabajo! Ahora puedo descansar. Mi obra está completa.

ELENA.—Pero ¿cómo fué? ¿Por qué te dijo que... que? ¿Qué le dijiste tú? ¿Qué te dijo él?

MARGOT.—**(Riendo).** ¡Ave María! Cuántas preguntas a la vez. Si pareces una máquina de coser. Ven acá. Vamos a sentarnos juntitas y te lo contaré todo despacio. **(Se sientan).** Yo debía estar muy enojada contigo. ¿Por qué tanto disimulo con tu amiga?

ELENA.—Pero si yo no me atrevía ni a confesármelo a mí misma. Me parecía tan ridículo, tan imposible que un hombre como Pedro... **(Corrigiéndose)** como Verdier, pudiera fijarse en mí.

MARGOT.—**(Riendo).** Es curioso cómo tú y Verdier emplean las mismas frases, casi las mismas palabras. Eso prueba que están destinados el uno para el otro.

ELENA.—¡El tan inteligente, tan superior y una muchachita insignificante como yo! **(Ansiosa).** ¿No te habrás equivocado, Margot? ¿No habrás comprendido mal? ¿No será una broma de carnaval?

MARGOT.—¡Como para bromas estaba!

ELENA.—Me parece un sueño. ¿Pero cómo te diste cuenta de que yo... que yo?...

MARGOT.—¿Que tú qué?

ELENA.—Que yo le quería a Verdier.

MARGOT.—¿Cómo me dí cuenta? Hijita, pues tú misma me lo has revelado.

ELENA.—¿Yo misma? ¿Cómo? Si yo nunca...

MARGOT.—(**Remedándola**). Sí, Elenita, tú nunca... Hay muchas maneras de decir las cosas. ¿Y para qué tenemos las mujeres el sexto sentido? Y mira que Soto sostiene que yo dispongo de doce. Tú eres muy reservada, pero no contabas con la perspicacia de la señorita Margot Ximénez. Por más que te vigilaras, has tenido ciertas miraditas y ciertos gestitos y ciertos no que significaban sí y ciertos sí que equivalían a no. Todo esto no ha podido escapar a la sagaz observación de una hija de Eva que como yo, utiliza los seis sentidos reglamentarios de toda mujer, amén de los seis que me otorga la autorizada opinión del doctor Soto.

ELENA.—(**Riendo**). ¡Ay, Margot! Cuando te oigo hablar, no comprendo cómo Verdier ha podido pensar en mí y no en ti.

MARGOT.—Los hombres como Verdier necesitan una mujercita como tú, toda bondad y toda candor, y no una Margot con alambre de púas que los pincha continuamente.

ELENA.—Pero, ¿Verdier? ¿Cómo sospechaste que él?...

MARGOT.—(**Interrumpiéndola**). Siempre los sentidos complementarios,hijita. Verdier es un gran diplomático, pero también él ha tenido sus claudicaciones, ciertos gestos, etc... Yo estaba segura de ti, pero necesitaba una ocasión para asegurarme del estado de Verdier. Recurrí, ante tan grave dificultad, a mi fecunda inventiva (es una de las más armoniosas frases de Soto). Inmediatamente pensé en el carnaval. ¡Los bailes de disfraz! ¡No hay nada más propicio a los enredos del corazón! Desarrollé mi plan, me vestí de gitana y el resultado lo ves y lo palpas. ¿Soy admirable o no lo soy?

ELENA.—(**Besándola**). Eres un ángel. ¿Pero cómo has hecho? ¿No creerá que yo te había mandado? ¡Ay, si supiera eso yo me moriría de vergüenza!

MARGOT.—¡Bobita, qué mal conoces a tu amiga! Procedí con tanta cautela, que lo sorprendí completamente. Sólo cuando me hubo confesado su amor por ti, le hice algunas suaves insinuaciones de que, quizá, quizá, tú también... En seguida me quise escapar. Pero no me dejó, hijita, qué me había de dejar. Me inundó con un diluvio de preguntas, lo mismo que tú hace un momento: ¡que no puede ser, Margot! ¡que es una broma de Carnaval! ¡que es una crueldad de su parte!, y patatín y patatán. ¡Una catarata, hija!

ELENA.—¿Y después?

MARGOT.—¡Ah, golosa! ¿Y después? Después agregó que eres muy niña y que él es un viejo y....

ELENA.—(**Interrumpiéndola**). ¡Qué tonto!

MARGOT.—¡Grandísimo tonto! Eso mismo le dije yo.

ELENA.—¿Nada más le dijiste?

MARGOT.—Sí, argumenté lo siguiente: Señor, Verdier: mi amiguita es una muchacha muy formal, que ya ha tenido dos dragones de sesenta años. Uno de ellos es el señor Sargazo. ¿No prueba este hecho su inclinación hacia los hombres maduros?

ELENA.—¡Ave María, Margot! ¡Qué disparate!

MARGOT.—Para un hombre enamorado, cualquier disparate es buena lógica. El hecho es que, el irresistible Verdier, que alfombraba sus pasos con corazones, está preso y bien preso.

ELENA.—¡Ay, Margot, no es posible! ¡No puede ser!

MARGOT.—¡Vaya con los niños incrédulos! Pues tendrán que convencerse el uno al otro. Eso ya no es de mi incumbencia. Es otra frase de Soto, hijita. (**Entra Sargazo**).

ESCENA XII

LOS MISMOS y SARGAZO

SARGAZO.—La reina del esprit y la emperatriz de la hermosura confabulándose contra el mísero sexo feo.

MARGOT.—Señor Sargazo, pocas veces en su vida ha pronunciado usted una frase más feliz.

SARGAZO.—(**Muy ufano**). El roce con usted, Margot, aguza el ingenio más torpe.

MARGOT.—Gracias, señor Sargazo. Para retribuir tan alto elogio le proclamamos príncipe de la galantería. Su Majestad nos dará licencia porque graves asuntos requieren nuestra presencia en otra parte del planeta. (**Saluda y se van**).

ESCENA XIII

SARGAZO solo. Después ENRIQUE

SARGAZO.—(**Se coloca frente a un espejo**). ¡Cuánto esprit! ¡Cuánto esprit! Bonita frase, muy bonita frase, he... he... La reina del esprit y la emperatriz de la hermosura confabulándose contra el mísero sexo feo. (**Entra Enrique leyendo una tarjeta**).

ENRIQUE.—(**Riendo**). ¡Qué Barba Azul! (**Al criado que entra**). Hijo del Céfiro, dile a Verdier que me haga el bien de venir un momento. ¡Dile que es urgente! (**Sale el criado**). ¡Qué Barba Azul! ¡Es impagable! Es tan asombroso organizador de fiestas extrafamiliares, como es temible gettatore para el juego.

SARGAZO.—(**Delante del espejo**). El mísero sexo feo confabulándose. (**Se interrumpe**). No, hombre, la emperatriz del esprit y la reina de la hermosura, confabulándose contra el mísero sexo feo. ¡Muy bien! ¡Bravo, Sargazo!

ENRIQUE.—¿Eh?

SARGAZO.—Es una frase que he burilado, hace un instante, en honor de su hermanita Elena y de Margot. ¿Qué le parece?

ENRIQUE.—Me parece absurda.

SARGAZO.—Mi frase ha sido elogiada por Margot. Eso me basta. ¿Qué hay con Barba Azul?

ENRIQUE.—Acaba de mandarme una carta muy chistosa. Se la voy a leer. Amigo Enrique: Después que tú saliste de la ruleta, cambió inmediatamente mi suerte. He ganado quinientos pesos. Opino que no puede exigirse una prueba más concluyente de que tú eres un gettatore. No importa. No te guardo rencor. Te escribo a las tres de la mañana. Es hora de que las niñas y los niños bien, y sus respectivos papás y mamás se acuesten. Es la hora que nos pertenece en propiedad. Deja, pues, tus penates y ven a la garçonerie de Puchito, donde, con los quinientos pesos, he organizado una brillante fiesta. Clarisse y Georgette son de la partida. Clarisse dice que si vienes sin Verdier... lo demás es preferible no leerlo. Firmado: Barba Azul.

SARGAZO.—¿A mí no me invita?

ENRIQUE.—Parece que no.

SARGAZO.—Será porque me debe doscientos pesos. Voy a comunicarle por teléfono que cuente conmigo también. Es una ocasión única para recordarle su deuda.

ENRIQUE.—Eso es. Vaya al escritorio, pero no curiosee en los papeles del viejo.

SARGAZO.—¡Guazón! (**Sale Sargazo por la izquierda y entra Verdier por el fondo**).

ESCENA XIV

ENRIQUE y VERDIER. Después, SARGAZO

VERDIER.—(**Secamente**). ¿Qué quieres?

ENRIQUE.—Tengo un programa magnífico. Una invitación de Barba Azul. Tú conoces sus fiestas. ¡Vámonos en seguida! Aquí ya hemos cumplido. Sargazo nos acompaña.

VERDIER.—(**Como antes**). ¡Para eso me has llamado! (**Quiere irse**). No valía la pena.

ENRIQUE.—Espera, hombre. Voy a leerte la tarjeta de Barba Azul. Clarisse te invita especialmente.

VERDIER.—Déjame en paz, con Barba Azul y con Clarisse y con todas las Clarisses habidas y por haber. No voy.

ENRIQUE.—(**Asombrado**). ¿Qué te pasa, Verdier? ¿Estás enfermo?

VERDIER.—No estoy enfermo. No quiere ir y eso debe bastarte.

ENRIQUE.—(**Sumiso**). Está bien. No te enojes. Pero hay algo más... He perdido...

VERDIER.—(**Interrumpiéndolo**). ¿Cuánto necesitas?

ENRIQUE.—Es una suma un poco...

VERDIER.—(**Impaciente**). Déjate de preámbulos. ¿Cuánto necesitas?

ENRIQUE.—Cuatrocientos pesos.

VERDIER.—(**Sacando su cartera**). Toma. Tenía el proyecto de regalárselos a Clarisse esta noche. Te los doy a ti. Viene a ser lo mismo.

ENRIQUE.—El mes próximo, voy a ver si...

VERDIER.—(**Interrumpiéndolo**). Sí, ya sé. (**Entra Sargazo por la izquierda, de sobretodo, el sombrero en la mano**).

SARGAZO.—(**Muy agitado**). ¡Rápido, señores. Barba Azul nos promete una fiesta de mil y una noches!

ENRIQUE.—Vamos los dos, Sargazo. Verdier se queda.

SARGAZO.—(**Asombrado**). ¿Usted se queda?

VERDIER.—Sí, señor.

SARGAZO.—(**Como antes**). ¿Qué le pasa? ¿Está enfermo?

VERDIER.—(**Secamente**). Me pasa que estoy cansado de fiestas canallescas. (**Sale**).

ESCENA XV

ENRIQUE y SARGAZO. (Se miran un momento mudos de estupor)

SARGAZO.—¡Verdier continúa, a las tres de la mañana, en una fiesta de familia!

ENRIQUE.—¡Es asombroso!

SARGAZO.—Es más que asombroso. Es grave.

ENRIQUE.—¿Qué le pasará?

SARGAZO.—Cherchez la femme.

ENRIQUE.—¿Qué?

SARGAZO.—Verdier está enamorado.

ENRIQUE.—Verdier enamorado. (**Carcajada**). ¿Y de quién?

SARGAZO.—De Margot. (**Se coloca delante del espejo**).

ENRIQUE.—¡No diga incongruencias! Margot es casi novia de Soto.

SARGAZO.—¡Bueno, de otra!

ENRIQUE.—(**Pensativo**). ¿De otra? ¿Sabe que me va pareciendo menos absurda la idea? Es tan extraordinaria su actitud.

SARGAZO.—(**Delante del espejo**). Georgette tiene un capricho por mí.

ENRIQUE.—¿Qué?

SARGAZO.—Georgette está encaprichada conmigo.

ENRIQUE.—¡Y con sus pesos! (**Pensativo**). Algo raro le pasa a Verdier. No hay duda. ¿Si estará enamorado? ¡Es capaz de todo!

SARGAZO.—Los otros días me dijo que yo representaba apenas cuarenta años.

ENRIQUE.—¿Quién?

SARGAZO.—Georgette.

ENRIQUE.—¡¡Al diablo con Georgette!! Mire, Sargazo, el asunto de Verdier me parece grave. ¡Gravísimo! Dese cuenta de lo que significaría para nosotros dos un amor póstumo de Verdier. Calcule todas las funestísimas consecuencias de su casamiento. ¡Adiós, hermosas fiestas gratuitas! ¡Adiós, arcas generosas e inagotables! El convento para usted. La estancia para mí.

SARGAZO.—¡Sapristi! No me asuste.

ENRIQUE.—En fin, no es más que una sospecha. Mañana trataré de averiguar si tiene fundamento.

SARGAZO.—Eso es, mañana los negocios. Hoy hay que divertirse. ¡En marcha!

ENRIQUE. El hijo pródigo, repleto de generosos vinos paternos y de sanos consejos maternales, abandona nuevamente el hogar.

SARGAZO.—¡Bonita frase! Muy bonita. (**Saliendo**). El hijo pródigo repleto... de sanos vinos maternales...

ENRIQUE.—¡No, hombre !El hijo repleto... de vinos pródigos...

TELON

ACTO SEGUNDO

Salón Luis XV en la casa-quinta de la familia Lagos. Puerta-vidriera en el fondo, a través de la cual se distingue un jardín. Puertas a la darecha y a la izquierda.

ESCENA I

ANGELICA y CONCEPCION CASCABEL, DOMINGA

DOMINGA.—(**Criada gallega, haciendo entrar a Concepción y Angélica**). La familia está en el pabellón. Me dijo la señora que hiciera pasar a las visitas al pabellón.

ANGELICA.—¿Al pabellón?

DOMINGA.—Sí, señorita. Me dijo la señora que dijera que la tarde está muy linda. Si gustan pasar. (**Hace un gesto hacia la puerta del fondo**).

ANGELICA.—(**Voz dulce, deteniéndola**). No, Dominga. Nos quedamos en la sala. Dígale a la señora que lamentamos infinito tener que molestarla, pero el aire fresco le hace tanto daño a mi hermana. Le da jaqueca.

DOMINGA.—El aire fresco hace bien para las jaquecas.

ANGELICA.—Vaya, mi hija.

CONCEPCION.—(**Con voz dulce**). ¿Está el señor Verdier con la familia?

DOMINGA.—Sí, señorita. Desde que es novio de la señorita Elena, viene casi todos los días.

CONCEPCION.—Qué contenta estará la señorita Elena. ¡Es tan buena la señorita Elena! ¡Nosotros la queremos tanto! ¿No es verdad, Angélica?

ANGELICA.—!Muchísimo!

DOMINGA.—Los primeros días del noviazgo la señorita Elena cantaba todo el día como un canario. Ahora...

ANGELICA.—(**Muy interesada, con voz aflautada**). ¿Ahora qué, mi hija?

DOMINGA.—No sé si debo hablar. La señora no quiere que yo ande charlando.

CONCEPCION.—Y no debes charlar, mi hija. No debes, es muy feo. Pero con nosotras es distinto. Somos tan amigas de Elena. Somos tan íntimas. ¿No es cierto, Angélica?

DOMINGA.—A mí me da mucha pena. Quiero mucho a la señorita Elena. Ahora la señorita Elena siempre está triste. Yo la he visto llorar unas cuantas veces.

ANGELICA.—¡Pobre angelito! ¿Y por qué llora la señorita Elena?

DOMINGA.—Yo no lo sé. Pero Ceferino dice que es mal de amor.

ANGELICA.—¿Quién es Ceferino?

DOMINGA.—Ceferino es el criado.

ANGELICA.—¿Y qué dice la señora cuando ve llorar a la señorita?

DOMINGA.—La señora no lo sabe. La señorita Elena no llora nunca delante de la señora. Los sirvientes sabemos mejor lo que pasa en las casas que los patrones. ¿Voy a prevenir a la señora?

ANGELICA.—Anda, mi hija. (**Dominga sale por el fondo**).

ESCENA II

ANGELICA y CONCEPCION

ANGELICA.—(**Secamente**). ¡Mire que recibirnos en el pabellón!

CONCEPCION.—(**Lo mismo**). ¡A las de Cascabel!

ANGELICA.—¡Es una moda nueva!

CONCEPCION.—Serán cosas de Verdier. ¡Las habrá aprendido en su último viaje a París!

ANGELICA.—¡Buena pieza el tal Verdier!

CONCEPCION.—¡Un horror de hombre!

ANGELICA.—¡Un perdido, hija, un perdido! Y los Lagos, tan ufanos con la conquista. ¡Valiente lotería!

CONCEPCION.—¡Cuentan cada cosa de él! Pero, naturalmente; como es tan rico! ¡Como tiene dos milloncejos!

ANGELICA.—¿No te lo decía yo? Hace dos semanas que se ha comprometido con Elena y ya la hace llorar todos los días.

CONCEPCION.—Es claro. Un hombre que se junta con lo peor de Montevideo. Eso no puede terminar bien. Figúrate que anda con Pepito.

ANGELICA.—¿Sabes cómo le llaman a Pepito? Le dicen Barba Azul.

CONCEPCION.—¡Qué horror!

ANGELICA.—¡Y con Enrique! ¡Ese es lo peorcito de lo peor!

CONCEPCION.—Yo no comprendo cómo un hombre puede casarse con la hermana de un Enrique.

ANGELICA.—¡Tienes razón! Arbol que carga una fruta picada, bien puede cargar dos.

CONCEPCION.—Elena también anda en buena compañía. ¡Mira que Margot!

ANGELICA.—¡Una coquetuela!

CONCEPCION.—¡Una emancipada!

ANGELICA.—¿Qué se puede esperar de una muchacha que fuma?

CONCEPCION.—¡Lo último, hija, lo último! No debíamos recibirla más.

ANGELICA.—Es cierto; la compromete a una.

CONCEPCION.—Pues se va a divertir Verdier, con una mujer que llora todo el día.

ANGELICA.—La culpa la tiene él. ¿Quién le manda a comprometerse con una criatura de doce años?

CONCEPCION.—¡Un hombre maduro como él!

ANGELICA.—En vez de dirigirse a una muchacha formal, que las hay, gracias a Dios.

CONCEPCION.—Es que sabía que una no lo hubiera aceptado.

ANGELICA.—No faltaría más. Una muchacha como tú, desposarse con semejante libertino. **(Entra Sargazo por la izquierda).**

ESCENA III

Las mismas y SARGAZO y después DOMINGA

SARGAZO.—**(Almibarado).** ¡Cuánto celebro, señoritas! Hacía algún tiempo que no tenía la dicha de encontrarme con ustedes.

ANGELICA y CONCEPCION.—**(En coro)** Usted siempre tan amable, señor Sargazo. La dicha es para nosotras, señor Sargazo.

SARGAZO.—**(Como antes).** Están ustedes frescas y encantadoras como dos rosas.

ANGELICA.—Usted nos confunde, señor Sargazo.

CONCEPCION.—Usted tiene el aspecto de un hombre de treinta años. Por ahí se susurra que lo menos diez muchachas suspiran por usted.

SARGAZO.—**(Muy ufano).** He... He... Uno no puede hablar. Si uno quisiera hablar. ¡Soy un caballero, Concepción! La discreción ante todo. **(Entra Dominga por el fondo).**

DOMINGA.—La señora ruega a las señoritas que la disculpen un momento. La señora viene en seguida. **(Sale Dominga por la izquierda).**

CONCEPCION.—**(A Sargazo).** La señora de Lagos recibe en el pabellón. Nosotras no vamos porque el aire fresco es muy peligroso.

SARGAZO.—Ruégolas que me den licencia para saludar a la señora y a los novios. **(Sale por el fondo).**

ESCENA IV

ANGELICA y CONCEPCION

ANGELICA.—Ese es otro que bien baila.

CONCEPCION.—Un hombre de setenta años. ¡Un viejo verde!

ANGELICA.—¡Qué modo de mirarla a una! Si parece que quisiera comerla a una con los ojos.

CONCEPCION.—(**Con un suspiro**). En todas partes la acecha a una el espíritu malo.

ANGELICA.—Belcebú anda por el mundo, rugiendo como un león, buscando a quien devorar.

CONCEPCION.—(**Persignándose**). ¡Ave María Purísima!

ANGELICA.—¡Sin pecado concebida!

CONCEPCION.—¡Amén!

ANGELICA.—¡A Dios gracias, una tiene su virtud!

CONCEPCION.—¡Y su religión!

ANGELICA.—¡Y su apellido, hija, su apellido!

CONCEPCION.—Sí, una es la de Cascabel. (**Pausa**).

ANGELICA.—Dicen que Sargazo tiene dinero.

CONCEPCION.—Y tiene apenas cincuenta años. Y está muy conservado, hija.

ANGELICA.—No creo que llegue a los ciniuenta. Tendrá de cuarenta y cinco a cuarenta y seis.

CONCEPCION.—Está en la flor de la edad. A mí no me agradan los hombres muy jóvenes. ¡Eso de tener que comprar baberos para el marido!

ANGELICA.—Es un buen partido, Concepción. Debías de tenerlo en cuenta. Como reserva, se entiende. (**Entran el señor y la señora de Lagos**).

ESCENA V

Las mismas, la señora y el señor LAGOS, después VERDIER, ELENA y MARGOT y SARGAZO

Sra. LAGOS.—¡Mis queridas amigas! Les pido que me perdonen. Como la tarde está tan calurosa a Elena se le ocurrió tomar el té en el pabellón.

ANGELICA y CONCEPCION.—(**En coro**). Pero, señora, si eso no tiene ninguna importancia. Perdónenos usted a nosotras.

ANGELICA.—(**Saludando a la señora**). Hemos venido por dos minutos para presentar nuestras felicitaciones. ¡Qué hermosa pareja! (**A Lagos dándole la mano**). Mis más ardientes votos.

CONCEPCION.—(**Saludando a Lagos y la señora**). Y los míos. La noticia nos alcanzó en Punta del Este. Es el acontecimiento social del día. Hemos llegado hoy y ya nos tienen ustedes en su casa para saludar a los novios.

LAGOS.—Mil gracias. Son ustedes muy amables.

Sra. LAGOS.—(**Sonriendo**). Los novios vendrán inmediatamente. Los hemos dejado con Margot y Sargazo, quien les cuenta, con toda reserva, naturalmente, sus últimas conquistas.

CONCEPCION.—Qué deseos tengo de besar a Elenita. (**Aparecen en el jardín Verdier y Elena hablando con Sargazo**).

ANGELICA.—¡Qué preciosa está! ¡Qué madre feliz es usted, señora!

SARGAZO.—(**En el jardín, a Elena, enseñándole una rosa que trae en la mano**). Los pétalos de esta rosa, palidecen de envidia al ver su radiante hermosura, Elena.

MARGOT.—(**Invisible para el público**). Lo mismo me dijo a mí hace apenas dos minutos. (**Visible**). ¿Quiere usted que palidezca también de envidia?

SARGAZO.—He, he. Cuanto esprit. Es usted deliciosa, Margot. (**Entran Elena y Verdier. Sargazo y Margot siguen en el jardín**).

ANGELICA y CONCEPCION.—(**Precipitándose sobre Elena y abrazándola, en coro**). ¡Elenita! ¡Preciosa, qué mona está! La felicito.

ANGELICA.—(**Saludando a Verdier**). Usted se lleva una joya, Verdier.

CONCEPCION.—(**Idem**). Qué dichoso es usted, Verdier.

VERDIER.—Más de lo que merezco. ¿No es cierto, Concepción?

CONCEPCION.—(**Sonriendo**). No sé. Hay que preguntarle a Elena. Su opinión es más autorizada que la mía.

ELENA.—(**Riendo**). Mis opiniones coinciden siempre con las de Pedro.

ANGELICA.—¡Ah! Muy bien. Cuidado, Verdier, a la rosita le van saliendo espinitas.

MARGOT.—(**Entrando**). Y hace muy bien en sacarlas. Los hombres no merecen otra cosa. ¿No es así, Sargazo? (**Saluda a Angélica y Concepción**).

SARGAZO.—(**Entrando**). En efecto, Margot. No merecemos otra cosa. Deliciosa. Es realmente deliciosa.

Sra. LAGOS.—Angélica, Concepción, vengan a contarme las novedades de Punta del Este. (**Se agrupan la señora, el señor Lagos, Angélica y Concepción por un lado, los demás por el otro. Entra Dominga con el té**).

ANGELICA.—¡Ah! Usted no se figura, señora, cómo está aquéllo. ¡Perdido, completamente perdido! Una promiscuidad espantosa.

CONCEPCION.—Figúrese que nos encontramos con el hijo de nuestro zapatero y esposa.

LAGOS.—(**Con sorna**). Ustedes se pasarían el día encerradas en su departamento, para no rozarse. (**Continúan hablando en voz baja**).

MARGOT.—(**A Elena que se dispone a servir el té**). No, señorita, no le permito a usted. Las novias tienen el sagrado privilegio de que todo el mundo las sirva. (**Sirve el té**).

SARGAZO.—(**A Margot, que le sirve el té**). El té servido por su blanca mano, debe saber a néctar, Margot.

MARGOT.—¡Sargazo, Sargazo, si aquella señorita, cuyo nombre usted no me quiere revelar, le oyera en este momento!

SARGAZO.(**Riendo**). Cuando una estrella se apaga en el cielo, otras nacen, más hermosas y más brillantes.

MARGOT.—(**Riendo**). ¡Elenita! ¿Has oído lo que dice Sargazo? Es el hombre más galante e inconstante del mundo.

ELENA.—He oído y estoy indignada, Margot. El corazón de Sargazo es un jardín donde no prosperan más que las flores de un día.

SARGAZO.—Yo he hecho mi profesión de fe. Sería muy interesante conocer la suya, Margot.

MARGOT.—Es usted muy indiscreto. Una niña bien educada no tiene opinión en materia tan vidriosa. Pero como yo soy tan mal educada, le diré: si yo algún día llegara a tener novio y si mi novio pensara como usted, yo le estrangularía sin piedad.

SARGAZO.—¡Delicioso, delicioso! Un carácter volcánico. ¿Y usted, Elena?

ELENA.—(**Riendo**). Hay demasiado público para confesarme.

MARGOT.—Yo lo haré por ti. Si Verdier llegara algún día a pensar como Sargazo, tú cerrarías tus ojos de gacela y desearías no abrirlos más.

SARGAZO.—Nos falta su opinión, Verdier.

VERDIER.—Yo opino que la tarde está muy hermosa y que debíamos ir al jardín para aprovecharla.

ELENA.—Nos vamos al jardín, Angélica. ¿Permiten?

ANGELICA.—Vayan, mi hija. (**Salen Elena, Verdier, Sargazo y Margot por el fondo**).

MARGOT.—(**Saliendo**). ¿Quiere perder una partida de tennis, Sargazo?

ANGELICA.—Pues como usted lo oye, señor Lagos. Yo tampoco lo quería creer porque tengo el defecto de suponer siempre lo mejor de todo el mundo. ¡Ah! La sociedad de hoy en día.

CONCEPCION.—He notado con pesar que Elenita está un tanto desmejorada. ¿Cosas de novia, sin duda?

LAGOS.—Se queja de jaquecas. El médico nos recomienda que la llevemos por unos días al campo.

ANGELICA.—(**Consultando su reloj**). Concepción, por Dios, que ya son las seis y tenemos que hacer dos visitas más. (**Levantándose, a la señora de Lagos**). Nuevamente mis más ardientes votos.

CONCEPCION.—Y los míos. (**Saludos. Salen Angélica y Concepción por la izquierda**).

ESCENA VI

Señor y señora de LAGOS

LAGOS.—(**Haciendo el signo de la cruz hacia la puerta**). ¡Válganme

Dios y todos los santos del paraíso! Están cada día más venenosas.

Sra. LAGOS.—Pobres muchachas. (**Sonriendo**). No te sulfures, Antonio. No vale la pena. Quisiera aprovechar este minuto de calma para hablarte de un asunto que me preocupa mucho más que los chismes de las de Cascabel.

LAGOS.—De Enrique ¡otra vez! Por favor, María. Estoy archiconvencido de que Enrique no obedece más que al rigor. Esta noche le presentaré mi ultimátum: la estancia o sino que haga lo que quiera, porque no lo admitiré más en mi casa. Un holgazán de treinta y cinco años, que se imagina que el único objeto de la vida es bailar tangos y jugar a la ruleta. ¡Es una vergüenza!

Sra. LAGOS.—Cálmate, Antonio. Hablas de mi hijo. Y tiene tan buen fondo. Tú sabes que si peca, lo hace por ligereza y por falta de criterio.

LAGOS.—¡Tiene buen fondo! ¿Y qué hago yo con su buen fondo si su vida es mala?

Sra. LAGOS.—Puede enmendarse, puede...

LAGOS.—(**Interrumpiéndola, tristemente**). Hace veinte años que espero ese milagro.

Sra. LAGOS.—¿Qué quieres que haga en la estancia, si no es capaz de distinguir una vaca de un caballo? Perdónale una vez más. ¡La última! No se trata de una fortuna. Cinco mil pesos. Dice que se le presenta un negocio muy...

LAGOS.—Por Dios, mi pobre María. ¿No sabes lo que son los negocios de Enrique? Los negocios de Enrique me han devorado una fortuna.

Sra. LAGOS.—¡Pobre hijo!

LAGOS.—(**Risueño**). Vamos. Ni que yo quisiera desterrarlo a las minas de cobre de la Siberia. (**Pensativo**). ¡Enrique y Elena! ¿Quién diría que son hermanos?

Sra. LAGOS.—(**Enternecida**). Mi ángel de hija. (**Suspirando**). ¿Aseguraremos su felicidad al dársela a Verdier?

LAGOS.—(**Sorprendido**). ¡Pero, María! ¿Puedes tener ni sombra de duda?

Sra. LAGOS.—(**Moviendo la cabeza**). No sé. No sé.

LAGOS.—Verdier es un caballero. Adora a Elena. Es inteligente y dispone de una gran fortuna. Realmente, no te comprendo. Me parece que es el marido ideal.

Sra. LAGOS.—¿Y su corazón, Antonio? ¿Será bueno y sano su corazón?

LAGOS.—¿Tienes algo que reprocharle? ¿No le conocemos desde que nació? ¿No te acuerdas cómo se pasaba las horas, jugando con Elena? ¿Con qué paciencia se sometía a sus caprichos de niña mimada?

Sra. LAGOS.—Yo no hablo del Verdier de veinte años. Me refiero al Verdier de cuarenta.

LAGOS.—¿Y por qué quieres que el Verdier de cuarenta tenga peor corazón que el de veinte?

Sra. LAGOS.—Por la vida que ha llevado.

LAGOS.—Ha llevado la vida de un muchacho soltero y rico. Esos suelen ser los mejores maridos.

Sra. LAGOS.—Ha vivido como vive Enrique.

LAGOS.—¿Cómo vas a comparar a Enrique con Verdier?

Sra. LAGOS.—¿Y por qué no? ¿Dónde está la superioridad de Verdier?

LAGOS.—(**Riendo**). Bueno, bueno, dejemos esto. (**Serio**). Lo esencial es saber si Verdier tiene o no buen corazón. ¿Hay algún motivo para?... ¿Se ha quejado Elena?

Sra. LAGOS.—No, pero Elena no es feliz.

LAGOS.—(**Estupefacto**). ¿En que te fundas para hacer una afirmación tan extraordinaria?

Sra. LAGOS.—Anoche, fuí a su dormitorio y la encontré llorando. Me habló de una crisis nerviosa, de diferencias nimias que había tenido con Verdier. Pero la explicación no me satisfizo.

LAGOS.—¿Eso es todo? Cosas de novia, diría Concepción Cascabel.

Sra. LAGOS.—No, hay algo más. Elena está muy cambiada. Encuen-

tro no sé qué de febril, en ella. No puedo remediarlo. pero cada vez que la miro, se me oprime el corazón y tengo como un presentimiento de que algún peligro amenaza a nuestra hija.

LAGOS.—¡Presentimientos! ¡Por favor, María!

Sra. LAGOS.—**(Tristemente).** El corazón de una madre adivina las penas que los labios de sus hijos se resisten a confesar.

LAGOS.—Tú sientes antipatía por Verdier. Eso es todo. Le haces responsable de los deslices de Enrique. Eres injusta.

Sra. LAGOS.—**(Saltando).** ¿Negarás que Verdier utiliza el gran dominio que ejerce sobre Enrique, para llevarlo a las peores locuras? ¿Que se divierte con las excentricidades de nuestro hijo?

LAGOS.—**(Con un gesto de impaciencia).** La eterna canción. Tu hijo es hombre y responsable de sus actos. Además, ahora, la conducta de Verdier es irreprochable. Me he informado discretamente.

Sra. LAGOS.—¿Has observado su actitud en estos últimos días? ¿Te atreverás a sostener que tiene aspecto de hombre feliz? Hoy, en toda la tarde, no ha pronunciado dos palabras.

LAGOS.—**(Como antes).** Cosas de novio. **(Aparecen Elena y Verdier en el jardín).**

ESCENA VII

Los mismos, ELENA y VERDIER. (Elena trae un libro en la mano).

ELENA.—**(En el jardín, charla con animación nerviosa. Después se vuelve bruscamente de espaldas a la escena y bate palmas).** ¡Bravo, Margot! Cuatro sets por cero. Sargazo, si usted no se defiende mejor, la derrota va a ser sonada.

SARGAZO.—**(Invisible, con voz entrecortada por la fatiga).** La ga-lan-te-ría me o-bli-ga.

ELENA.—**(Se precipita en la sala, Verdier la sigue lentamente).** ¡Ay, mamita, si vieras a Margot y Sargazo jugando al tennis! Sargazo no puede más. **(Ríe nerviosamente y besa a la señora de Lagos. Al señor Lagos, con volubilidad).** Papaíto, Margot sostiene que lo de la superioridad del hombre sobre la mujer es un mito anticuado. **(Besa al señor Lagos).** Y que lo porvenir pertenece a la mujer.

LAGOS.—**(Radiante).** ¡Qué animada está mi hijita! **(Toma su mano y le da palmaditas. Riendo).** Margot tiene razón, lo porvenir es de la mujer, sobre todo, cuando es buena jugadora de tennis. ¿Qué opina usted, Verdier?

VERDIER.—**(Ceremonioso).** Yo creo que la mujer es y ha sido siempre, superior a nosotros.

Sra. LAGOS.—**(Amenazando con un dedo).** ¿Es sincero mi señor yerno?

VERDIER.—**(Grave).** Absolutamente sincero, señora.

Sra. LAGOS.—¿Has oído, Elena?

ELENA.—**(Risueña).** Estoy encantada.

Sra. LAGOS.—**(Mismo gesto).** Yo he tenido ocasión de observar como a veces las convicciones más arraigadas de los señores novios, sufren un cambio radical, cuando esos. señores novios han ascendido a la dignidad de esposos.

LAGOS.—**(Embarazado pero risueño).** Será el vértigo de las alturas. **(Para cambiar de conversación, a Verdier).** ¿Ha estudiado usted los planos para la construcción de su palacete en la estancia de "Las Delicias"? Me ha dicho Elena, que hay entre ellos uno magnífico.

VERDIER.—**(Turbado).** No estoy decidido del todo... No sé si... no sé si realizaré mi primitiva idea... la vida de campaña es un tanto... ¿Cómo diré?... monótona.

Sra. LAGOS.—**(Mirando fijamente a Verdier).** Confieso que estoy un poco sorprendida. Creí que usted y Elena habían convenido definitivamente pasar el verano próximo en "Las Delicias".

VERDIER.—**(Como antes).** Sin duda, sin duda... pero... he reflexionado... he pensado que... Elena...

ELENA.—**(Tímidamente).** Pedro me ha hablado de un viaje a Europa.

Sra. LAGOS.—**(Explosión).** ¡Un viaje a Europa!... ¿Hablas en se-

rio?... ¿Usted abriga realmente esa intención, Verdier?

VERDIER.—(**Nervioso, pero muy cortés**). Es una idea... una simple idea. Aun no he resuelto nada, señora.

Sra. LAGOS.—¡Un viaje a Europa!... El mar con todos sus peligros entre mi hija y yo... ¡Por todos los santos, Verdier!

LAGOS.—Cálmate, María. ¿No has oído que, por ahora, se trata apenas de un proyecto? (**Silencio embarazoso, con risa forzada**). Vamos... ya hablaremos más despacio de todo esto. Quisiera presenciar el final de la partida entre Margot y Sargazo. Me hacen tanta gracia las ocurrencias de esa chica. ¿Me acompañas, María?

Sra. LAGOS.—Sí. (**Hace una caricia a Elena y salen**).

ESCENA VIII

ELENA y VERDIER

(**Verdier de pie al lado de una mesita, hojea maquinalmente un libro. Su actitud es triste y abatida. Elena lo mira con expresión inquieta**).

VERDIER.—Tu madre me detesta.

ELENA.—¡Pedro! No digas eso.

VERDIER.—(**Entre dientes**). El instinto de madre.

ELENA.—Mamá te quiere. ¡Es tan buena! (**Pausa**). ¿Qué tienes, Pedro?

VERDIER.—Nada, mi hija.

ELENA.—¿Por qué estás triste?

VERDIER.—¿Estoy triste, Elena? No hagas caso; son los fantasmas grises.

ELENA.—¡Pedro! Hoy ya has hablado dos veces de los fantasmas grises. ¿Qué significan esas horribles palabras?

VERDIER.—Son las preocupaciones, los negocios. No te inquietes. Ya pasó todo.

ELENA.—No, no, no. Tú no eres franco. ¿Por qué estás tan pálido? ¿Estás enfermo?

VERDIER.—No, Elena, no.

ELENA.—¡Has cambiado tanto! En los primeros días de nuestro noviazgo reías, bromeabas. Y, ahora, siempre estás triste. Y a cada momento cambias de opinión. ¿Por qué, Pedro? ¿No me quieres más?

VERDIER.—(**Tomándola de la mano**). Tú sabes cuánto te quiero. Ven, vamos a continuar la lectura...

ELENA.—No, no quiero leer... Déjame. Tú no tienes confianza en mí. (**Elena se dirige al fondo y apoya una mano en el marco, mirando hacia el jardín. Verdier sigue hojeando el libro**). (**Un silencio**).

VERDIER.—(**Con voz suave y triste**). ¡Elena! (**Elena vuelve lentamente su mirada hacia Verdier. Pequeña pausa**). ¿Quieres tocar la novena sinfonía? (**Elena lo mira un momento con expresión tierna y dolorosa y se dirige lentamente al piano. Elige la música, toca unos acordes y gira lentamente sobre el trípode, hasta quedar frente a frente a Verdier**).

ELENA.—(**Con voz muy dulce**). ¿Por qué me torturas así?

VERDIER.—(**Pasa una mano por la frente, se acerca lentamente a Elena, toma asiento a su lado y le coje una mano**). ¿Crees en mi amor, Elena?

ELENA.—¡Sí, Pedro! Creo en tu amor, como creo en Dios. Dime que me vas a querer siempre.

VERDIER.—Sí, te querré mientras viva.

ELENA.—Y que nada podrá separarnos nunca. (**Verdier no contesta**). ¡Ah! el terrible silencio, cada vez que te hablo del porvenir. ¡Ah! Yo siento que hay algo, que tú me ocultas algo. Tú tienes algún secreto que te hace sufrir. (**Suplicante**). ¿Por qué no me lo confiesas? Yo no quiero que tú sufras solo.

VERDIER.—(**Le besa las manos, después la mira fijamente**). Y si yo te dijera que soy un bandido, ¿me querrías lo mismo?

ELENA.—(**Asombrada**). ¿Un bandido, tú?

VERDIER.—Un bandido, sí. Un estafador. Un desalmado.

ELENA.—(**Riendo**). ¡Qué disparate!

VERDIER.—Un ladrón que se ha puesto una máscara para engañarte y estafarte tus veinte años.

ELENA.—No tienes por qué estafármelos. Te los regalo. Son tuyos.

VERDIER.—¿Y si algún día te arrepientes de habérmelos regalado?

ELENA.—¡Nunca, nunca!

VERDIER.—¡Si — cuando seamos casados — yo me quito la máscara y aparece el ladrón, el feo y repugnante ladrón de tu juventud! ¿Me querrás lo mismo?

ELENA.—(**Inquieta**). ¿Por qué hablas así?

VERDIER.—¡Contéstame!

ELENA.—(**Llorando**). Yo no te comprendo. ¿Por qué me dices esas cosas horribles que me dan miedo?

VERDIER.—¡Perdóname, Elena! No llores. No hagas caso a lo que yo te diga. Son bromas, disparates, qué se yo. Perdóname. (**Le seca las lágrimas**). Mírame y ríete.

ELENA.—Tú quieres a otra.

VERDIER.—¡No! ¡No!

ELENA.—¡Júralo!

VERDIER.—Lo juro. Ya pasó todo. Vamos a reirnos. Vamos a reirnos toda la vida. ¿Quieres?

ELENA.—Eres muy malo. ¿Nunca más me vas a hablar como hace un momento?

VERDIER.—Nunca más.

ELENA.—(**Le da las dos manos. Con un suspiro**). ¡Ah! Si yo pudiera leer tus pensamientos. (**Verdier sonríe. Aparece en el jardín, Margot, con una raqueta de tennis en la mano**).

ESCENA IX

Los mismos y MARGOT. (En el jardín, trata de hacer notar su presencia con una tosecita discreta. Como no tiene éxito, recoge una piedrita, la lanza en dirección a los novios, gira rápidamente sobre sus talones y amenaza con el dedo hacia el fondo del jardín).

MARGOT.—¡Ah, Sargazo, usted quiere vengarse obsequiándome con piedritas!

SARGAZO.—No he sido yo, Margot. Pero lamento infinito no tener en mi haber tan estupenda ocurrencia.

ELENA.—Ven, Margot.

MARGOT.—(**Entrando**). ¿Ustedes estaban ahí? No los había visto.

ELENA.—¿Ganaste?

MARGOT.—¡Naturalmente! Por cuatro sets. (**Hojeando un álbum sobre la mesa**). No me agrada tu retrato de novia. Te da un aire demasiado monjil.

ELENA.—(**Sonriendo**). A mí tampoco me entusiasma. Pedro sostiene que es muy artístico.

VERDIER.—(**Acercándose**). Y lo es. Me recuerda las madonas de Rafael, sobre todo en la mirada. Fíjese bien.

MARGOT.—Si yo fuera novia, me retrataría de Colombina.

VERDIER.—¿Y a Soto? ¿De Pierrot?

MARGOT.—(**Admirada**). Verdier despierta de su letargo. Es la primera broma que me da en los últimos ocho días.

ELENA.—(**Molestada**). Quisiéramos saber cómo te lo representas a Soto de novio.

MARGOT.—(**Mohín de indiferencia**) ¿Por qué me preguntas eso? Tú sabes muy bien que Soto no me interesa para nada.

VERDIER.—(**Un reloj en la sala toca la media. Sacando su reloj**). Las seis y media. Me perdonarás, Elena. Tengo una entrevista ineludible con uno de mis arrendatarios.

ELENA.—(**Triste**). Es tan temprano.

VERDIER.—Perdóname, es un asunto largo y fastidioso. Lo he citado para las siete.

ELENA.—¿Vendrás mañana?

VERDIER.—Lo más temprano que me sea posible. (**Le da la mano a

Margot). Saludos a su mamá, Margot. (**Elena le acompaña hasta la puerta del foro**). Voy a despedirme de tus padres. (**Verdier sale por el foro**).

ESCENA X

ELENA y MARGOT. Elena con una mano apoyada en el marco de la puerta sigue con la mirada a Verdier; Margot, con aire distraído, da con su raqueta, pequeños golpes en la mesa. Un silencio.

MARGOT.—¿Le habrá chocado mi pulla sobre su letargo?

ELENA.—(**Después de una pequeña vacilación**). No. ¿Por qué supones eso?

MARGOT.—¡Una idea! (**Un silencio. Las dos continúan en la misma actitud**). Es extraño que Soto haya venido tan tarde.

ELENA.—Estará muy ocupado.

MARGOT.—Probablemente. (**Un silencio**). ¡Soto me fastidia!

ELENA.—(**Saliendo de su ensimismamiento y dirigiéndose hacia Margot**). Pero, Margot.

MARGOT.—(**Con enfado y subrayando cada frase con un golpe de raqueta**). Me fastidia... Sí, señor... me fastidia... me fastidia.

ELENA.—¿Por qué?

MARGOT.—(**Explosión**). Un hombre que para manifestarte su... su... simpatía, te dice: señorita, su presencia me torna tímido como un niño. (**Enérgico golpe de raqueta**). ¡Qué ridículo!

ELENA.—(**Riendo**). Pero Margot. Me parece que la forma tiene poca importancia. Lo esencial es el fondo.

MARGOT.—Pues estás muy equivocada. Yo no puedo admitir una declaración tan mal hecha.

ELENA.—¿Y cómo desearías que fuera?

MARGOT.—Un hombre, un verdadero hombre, se presenta ante la muchacha que ama, con paso resuelto y enérgico y, clavando en sus ojos una mirada dominadora, le dice: (**golpe de raqueta**). Fulanita, yo la quiero. Es absolutamente necesario que usted sea mi esposa. Ella, turbada: Caballero, su solicitud me honra y me confunde. Concédame veinticuatro horas para reflexionar. El: ¡No! (**Golpe de raqueta**). No puedo esperar ni un segundo. Deme el sí inmediatamente, sino detengo la marcha del sol, arranco el mundo de su eje y destruyo a la humanidad. (**Golpe**). ¡Así habla un hombre! Como los héroes de la antigüedad, ¿sabes?... ¡Ay, Elenita! Ahí viene Soto. No estoy para escucharle. Me voy. Mamá me espera. A Soto dile... no, no; no le digas nada. Me voy. Acompáñame dos pasos. (**Mutis por la izquierda de Margot y Elena**).

ESCENA XI

SOTO y VERDIER

SOTO.—(**Entrando**). Dirás lo que quieras, pero no me vas a convencer. ¿No ves? Ya se fué, sin despedirse de mí. No, no, Margot es una coqueta sin alma. Hoy se ha pasado toda la tarde jugando al tennis con Sargazo; con ese viejo relamido, ridículo, grotesco, absurdo. Ah... te juro que lo hubiera abofeteado. Y para mí, ni una mirada. Cuando yo le hablaba, se hacía la sorda. Y sólo después de la tercera o cuarta pregunta se dignaba contestarme, simulando sorpresa: doctor Soto, ¿usted me hablaba? Disculpe, soy tan distraída. ¡Y con qué airecito, con qué fruncimiento de labios! Cerrando a medias los ojos como si fuera corta de vista y le costara trabajo reconocerme; como si yo fuera alguna pequeña cosita, difícil de descubrir, algún grillo, saltando entre los yuyos. ¿Qué te parece? ¿Qué dices? Habla, pues... ¿Qué me miras así?

VERDIER.—Hombre feliz.

SOTO.—¿Feliz? ¿Eh?

VERDIER.—Feliz, sí. Eres un niño, Soto. ¿No comprendes que con esas maniobras Margot no hace más que probarte su cariño? Son las últimas estratagemas del enemigo que está por rendirse.

SOTO.—¿Te parece, Verdier? ¿Te parece?

VERDIER.—Es claro, hombre de Dios... ¡Ah... si mis problemas fueran de solución tan sencilla como los tuyos!

SOTO.—¿Tus problemas? ¿Qué problemas? (**Pausa**). ¿Qué te pasa?

VERDIER.—Nada, mi hijo. (**Sarcástico**). Lloro sobre las ruinas de Cartago.

SOTO.—¿Eh?

VERDIER.—(**Como antes**). Sí... Y me pregunto si tengo el derecho de asociar a otra persona a mi llanto o si debo seguir llorando solo.

SOTO.—Confieso que no te entiendo.

VERDIER.—(**Grave**). ¡Ah... qué vida ésta!

SOTO.—(**Impaciente**). Pero habla de una vez. ¿Qué te pasa?

VERDIER.—Me pasa que me doy cuenta de que he derrochado mi vida como un imbécil.

SOTO.—La vieja canción. ¿Las ideas negras, otra vez? Te creía curado.

VERDIER.—(**Con desaliento**). ¡Curado!

SOTO.—Escucha, Verdier. Hace días que te observo y veo tu preocupación; pero, como tú no me decías nada, tampoco he querido preguntarte... Ahora comprendo... Perdóname mi franqueza, pero esas cavilaciones se me antojan absurdas. Tienes una novia encantadora y en vez de vivir al día, te pones a escarbar en lo pasado.

VERDIER.—¡Y si yo te dijera que, precisamente, desde que me he comprometido con Elena, ese pasado me atormenta más que nunca!

SOTO.—¿Por qué?

VERDIER.—Porque la juventud y frescura de mi novia me hacen sentir, por contraste, mi propia decadencia. Sí... he dedicado mis mejores años a la orgía... He hecho del placer el objetivo de la vida y hoy comprendo que el placer es un vampiro que me ha estafado.

SOTO.—De acuerdo; pero, tú tienes una salud de hierro. El vampiro, para emplear tu expresión, no te ha vencido.

VERDIER.—¿No me ha vencido? Físicamente no ,porque me siento fuerte. Pero el alma, Soto, el alma.

SOTO.—¿El alma?

VERDIER.—Sí, el alma; o si prefieres, el espíritu. Mi espíritu es como el de un viejo de ochenta años, frío, analista, árido, incapaz de llorar e incapaz de reir. Es un desierto, donde no crece más que una flor: el arrepentimiento, un pesar terrible que me mortifica día y noche, cuando recuerdo lo que fuí! Un muchacho lleno de fe y entusiasmo para quien la vida era un edén. ¡Entusiasmo y fe! (**Carcajada**). ¿Qué queda de todo eso, Soto? Nada. He dejado los girones de mi alma entre las garras del vampiro (**pausa**). Mis padres cifraban en mí grandes esperanzas. Me creían destinado a ser un sabio célebre, un grande estadista, qué sé yo. Desgraciadamente murieron siendo yo muy joven, y en vez de sabio o estadista, me hice libertino. (**Carcajada**). Si pudieran verme hoy. Si pudieran ver a su hijo transformado en un cadáver ambulante, un cuerpo sin alma, un sepulcro blanqueado. (**Pausa**). ¿Qué opinas **médico, de estas confesiones de** un hijo del siglo? (**Risa sarcástica y dolorosa**).

SOTO.—Me has impresionado de verdad... Es un estado de ánimo... un poco raro para...

VERDIER.—Para el novio de una muchacha de veinte años. ¿No es eso lo que ibas a decir?

SOTO.—¡Sí! (**Pausa**).

VERDIER.—(**Da unos pasos por la estancia, se detiene bruscamente ante Soto y le coloca una mano en el hombro**). ¿Y si yo te dijera que hoy me arrepiento de haberme comprometido?

SOTO.—Pero, hombre; francamente no sé qué contestarte. ¿De modo que no la quieres a Elena? (**Pausa**).

VERDIER.—La quiero sí... Siento por ella una especie de adoración mística, un sentimiento muy parecido al que la virgen debe inspirar a los creyentes. Adoro su inocencia, su pureza, su juventud. Al lado de ella me siento mejor; en medio del hastío de mi vida la revelación del amor de Elena fué para mí un rayo de luz. Vislumbré un horizonte. El calor del hogar, la dicha tranquila al lado de una mujer pura. ¡¡Un horizonte, Soto!! ¿Puedes concebir lo que eso significa para mí?

SOTO.—Pues, si es así...

VERDIER.—Sí. Ya sé lo que me vas a contestar: Si es así, déjate de cavilaciones inútiles y cásate cuanto antes, ¿no?

SOTO.—¡Exactamente!

VERDIER.—Sí, eso, aparentemente es lo lógico. Y, sin embargo, después de los primeros momentos de entusiasmo, a los pocos días de mi compromiso. surgió la duda en mí. Hay algo aquí (**se golpea el pecho**), algo muy íntimo, los restos de mi sentido moral, que protesta. Ese algo me tortura y me obsesiona y me cuchichea al oído: La unión entre esa mujer joven, que se abre a la vida como una flor y tú, es un error, un lamentable error, más que un error, es una monstruosidad.

SOTO.—Exageras, Verdier, exageras.

VERDIER.—¡Exagero! Pero, ¿no ves es abismo que me separa de esa muchacha que va al matrimonio como a un castillo encantado, con mil sueños dorados y mil ilusiones?... ¿Y qué es lo que va a encontrar en el castillo? A un libertino de alma helada que por el brazado de rosas que ella le brinda, devuelve un puñado de cenizas.

SOTO.—(**Sonriendo con simpática ironía**). Tu caso no es nuevo. La mayoría de los hombres cargan la dulce cruz sobre hombros un poco cansados. Ustedes se quieren, eso es lo esencial. Pequeñas sombras no faltan en ningún matrimonio. El amor las disipa.

VERDIER.—¡El amor las disipa! Mi querido Soto, yo conozco la vida y también el valor de las frases hechas. ¡El amor las disipa! ¿Y cuando no es así? ¿Cuando el amor no resiste a la prueba porque la prueba es demasiado ruda? ¿Cuando el matrimonio destruye el encanto y la realidad aparece en toda su fea desnudez? ¿Cuando la inocente niña abre los ojos y comprende que el mundo de su marido, no es el mundo de ella, que lo que a ella la hace llorar o reir, no le conmueve ya a él? ¿Qué sucede entonces? ¿Quieres que te lo diga? Vienen las lágrimas, los reproches, las escenas conyugales y con ellas la lenta, la horrible agonía del amor que transforma la vida en común en martirio. Y lo que se había iniciado como un idilio, termina como comedia o como... tragedia.

SOTO.—Ese peligro amenaza a todos los matrimonios.

VERDIER.—Sí; pero para los matrimonios normales ese peligro es sólo contingente, mientras que en mi caso es fatal.

SOTO.—¡Hum!

VERDIER.—Esa duda, ese temor me trabajan y me persiguen como fantasmas. Cuando veo los ojos puros y confiados de mi novia, cuántas veces tengo que contenerme para no gritarle: Déjame, déjame, déjame, porque vas a ser desgraciada conmigo. Pero en el momento decisivo me falta valor. ¡La perspectiva de lo que me espera, si rompiera con Elena, me espanta! La vejez solitaria, fría. Ah. vámonos. Necesito distraerme un poco. ¿Quieres acompañarme a la playa?

SOTO.—Vamos, sí, y no te preocupes, que todo se arreglará.

VERDIER.—En fin, veremos. (**Salen por la izquierda**).

ESCENA XII

ENRIQUE y SARGAZO

SARGAZO.—(**Entrando primero**). Convénzase, se trata de un negocio brillantísimo.

ENRIQUE.—(**Entrando**). ¿Le parece?

SARGAZO.—Ya lo creo.

ENRIQUE.—La idea no me parece mala. ¿Es suya?

SARGAZO.—No, de Barba Azul. Es un muchacho genial. Apúrece si quiere entrar. Dentro de dos o tres días, cuando el asunto se haya hecho público, las acciones habrán subido a trescientos.

ENRIQUE.—¿De dónde quiere que saque los cinco mil pesos?

SARGAZO.—Pídaselos a su viejo.

ENRIQUE.—No me los da.

SARGAZO.—A Verdier.

ENRIQUE.—(**Con un gesto digno**). ¿A mi futuro cuñado? Mi dignidad no me lo permite.

SARGAZO.—En los negocios la dignidad no se cotiza.
ENRIQUE.—En fin, veremos. Trataré de conseguir el dinero. **(Entra Elena por la izquierda).**

ESCENA XIII

LOS MISMOS y ELENA

SARGAZO.—**(Volviéndose hacia Elena).** Aún los extraños lloraremos el día en que usted, Elena, abandone el hogar, en alas de amor.
ELENA.—**(Agradece inclinando la cabeza con aire triste).**
ENRIQUE.—¿Y Verdier?
ELENA.—Se fué por un asunto urgente.
SARGAZO.—**(Desesperación cómica).** ¡Ah, los negocios! ¡Eternos enemigos de la poesía de la vida! También a mí me llama un deber tiránico e implacable... **(Se despide de Elena con genuflexiones amaneradas. A Enrique).** Piénselo bien, Enrique. **(Mutis por la izquierda).**

ESCENA XIV

ELENA y ENRIQUE

ENRIQUE.—**(Muy cariñoso).** ¿Qué tiene mi negrita? **(Le acaricia una mano).**
ELENA.—Nada. ¿Por qué?
ENRIQUE.—**(Como antes).** Estás muy pálida.
ELENA.—Me duele la cabeza.
ENRIQUE.—Acuéstate un momento.
ELENA.—No, ya estoy mejor. No te preocupes. Papá está furioso contigo.
ENRIQUE.—**(Riendo).** Ya lo sé. Esta noche me ha citado para el escritorio.
ELENA.—**(Triste).** Tú haces sufrir a mamá con tus locuras. **(Muy cariñosa).** Modifica tu conducta, Enrique. No es tan difícil ser bueno.
ENRIQUE.—**(Suplicante).** No me reprendas, Lenita. ¿No tengo bastante con los sermones de papá? ¡Ya verás! Dentro de ocho dias soy un hombre independiente y rico.
ELENA.—¡Ay, Enrique! ¿Otro negocio?
ENRIQUE.—**(Entusiasmado).** Un negocio espléndido y sin riesgos. Capital: cinco mil pesos. ¡Una miseria! **(Zalamero).** Lenita, a ti papá no te niega nada. Trata de convencerlo de que está en su propia conveniencia el darme ese dinero. Así se verá libre de mí.
ELENA.—Haré lo que pueda, pero no respondo del resultado.
ENRIQUE.—**(Besándola).** Eres un angelito. Me voy. Me esperan mis amigos. Adiós, negrita.
ELENA.—No olvides que papá quiere hablarte. No vuelvas tarde.
ENRIQUE.—No tengas cuidado; me haré un nudo en la nariz. ¡Chao! **(Mutis por la izquierda).**

ESCENA XV

ELENA sola. (Anochece. Elena se sienta en un sillón. Apoya la frente en una mano y se queda inmóvil. De vez en cuando lleva el pañuelo a los ojos. Su figura se distingue a través de una penumbra. Entra la señora de Lagos).

ESCENA XVI

ELENA y LA Sra. DE LAGOS

(La señora de Lagos ha entrado sin ver a Elena; se dirige a la llave de la luz y enciende).
Sra. LAGOS.—**(Descubriendo a Elena).** ¿Qué hace mi hijita tan sola? ¿Se ha ido Verdier?
ELENA.—**(Ocultando su pañuelo).** Sí, mamá.
Sra. LAGOS.—**(Alarmada).** ¡Lenita! ¡Lloras!
ELENA.—No, mamá, la luz me lastima la vista.
Sra. LAGOS.—**(Abrazándola).** Lenita; hija de mi alma, ¿por qué quieres engañar a tu mamá?
ELENA.—Pero, si no lloro, mamá.
Sra. LAGOS.—Mi paloma. ¿Quién te ha hecho daño? Díselo a tu madre.

ELENA.—(**Levantando la cabeza del hombro de la señora Lagos y sonriendo con un esfuerzo**). No ves que no lloro... no ves que soy feliz... completamente feliz. (**Llora**).

Sra. LAGOS.—(**Muy impresionada. La conduce a un sofá, apoya la cabeza de Elena en su pecho y la acaricia suavemente. Un silencio**). ¡Lenita, mi hija... mi hijita... hijita querida! (**Un silencio sólo interrumpido por los sollozos de Elena**).

ELENA.—(**Que se ha calmado un poco, se arrodilla al lado de su madre, la rodea con sus brazos. Con voz queda**). Tengo miedo, mamá.

Sra. LAGOS.—(**Con rencor reconcentrado**). ¿Pedro te hace sufrir?

ELENA.—¡Oh!, mamá. No digas nada contra él.

Sra. LAGOS.—(**Para tranquilizarla**). Sí, no digo nada, Lenita. Ni una sola palabra.

ELENA.—(**Con exaltación**). Pedro me quiere con toda el alma, con cada fibra de su corazón... Pero sufre... Tiene un dolor secreto... y por eso lloro.

Sra. LAGOS.—¿Y no quiere confiarte el motivo de sus penas?

ELENA.—¡Sí! Tiene tanta confianza en mí. Me lo ha explicado todo, pero no he comprendido nada. Soy tan tonta.

Sra. LAGOS.—Mi palomita.

ELENA.—(**Enfáticamente**). ¡Ah. El, tan grande! tan noble!... tan inteligente!... tan bueno!... ¿No es verdad, mamá, que no tengo motivos para temblar? ¡Dime que puedo estar tranquila, que seré feliz, muy feliz. Y Pedro también. Pedro también, mamita!...

Sra. LAGOS.—(**Estrechándola**). Sí, mi ángel. No temas. No temas nada, que aquí está tu madre, para defender tu dicha.

TELON

ACTO TERCERO

Saloncito intimo en casa de la familia de Lagos. Puertas a derecha e izquierda. En el foro, hacia la izquierda una puerta que conduce al jardín. En el foro, hacia la derecha, una ventana a través de la cual se ve el jardín. Es de día.

ESCENA PRIMERA

Sra. LAGOS y MARGOT

Sra. LAGOS.—¡Ah, Margot! Una desgracia nunca viene sola.

MARGOT.—¡No se desespere, señora! Soto me ha dicho que ya no hay peligro. Su esposo es muy fuerte. Ya verá cómo, dentro de poco, va a estar sano y bueno.

Sra. LAGOS.—Dios lo quiera así, Margot. Y además, ¡la constante preocupación por Elena!

MARGOT.—¡Pobre Lenita!

Sra. LAGOS.—¡Sí, pobre Lenita! Desde la ruptura con Verdier no es ni sombra de lo que era. Y lo que más me aflije es esa terrible calma aparente. Delante mío, no llora, ni se queja, pero su cara parece de mármol. Yo quisiera que hablase, que me confesara su pena; pero cuando toco la llaga, con mil precauciones, me mira con sus pobres ojos de corderito herido y no me atrevo a proseguir. Y de noche, Margot, ¡ah! de noche, me paso las horas delante la puerta de su dormitorio, y oigo sus sollozos ahogados y cada sollozo es como un puñal que me clavaran en el corazón y quisiera entrar y gritar: ¡No llores por ese miserable !Pero no me atrevo. (**Se seca los ojos**).

MARGOT.—Elena olvidará, señora; es tan joven.

Sra. LAGOS.—¡Olvidará! Desgraciadamente, Elena no es de las que olvidan. Yo no sé qué fascinación ejercía sobre ella ese hombre. ¡Ah! Nunca miré el noviazgo con buenos ojos. Tuve el presentimiento de que no terminaría bien. ¡Ese calevera de alma marchita y mi hija! No podía ser.

MARGOT.—Soto me dice que Verdier está muy afectado por la

ruptura.

Sra. LAGOS.—¡Afectado! ¡Verdier y afectado! No me hagas reir. Yo te confieso que, íntimamente, me felicito de que todo haya terminado. Pero, lo que no le perdonaré nunca es la ligereza con que procedió. No se juega con el corazón de una inocente muchacha.

MARGOT.—Yo me siento un poco responsable por...

Sra. LAGOS.—No, no, mi hijita. Tú no podías imaginarte que... silencio, que viene Elena. **(Entra Elena por la derecha).**

ESCENA II

DICHOS y ELENA

ELENA.—Mamá, Soto desea hablar contigo.

Sra. LAGOS.—¿Papá está peor?

ELENA.—Al contrario. Es por los medicamentos.

Sra. LAGOS.—Mi hijita, tú deberías salir a dar una vuelta con Margot. Estás muy pálida.

MARGOT.—Sí, Elenita. Vamos a la playa. Dentro de una hora estamos de vuelta.

ELENA.—No, no quiero. Me siento perfectamente bien y afuera me inquietaría más por papá.

Sra. LAGOS.—**(Suspira, mira a Margot y sale por la derecha).**

ESCENA III

ELENA y MARGOT

ELENA.—Soy una egoísta, Margot. Con nuestras preocupaciones por la enfermedad de papá, ni siquiera te he preguntado cómo fué tu compromiso con Soto. Hasta creo que no te he felicitado. **(La besa).**

MARGOT.—Sí, mi hija, no te disculpes. Se explica. Pues ahora verás. Tú sabes que yo estaba muy fastidiada. Le quería a Soto, pero no me agradaban sus aires de maestro de escuela; sólo porque un día me vió fumando un cigarrillo, ¿te acuerdas?, se imaginó que yo iba a seguir fumando toda la vida y me espetó una interminable arenga, condenando el cigarrillo en la mujer **(imitando a Soto)**, primero: desde el punto de vista personal, porque es un tóxico; segundo: desde el punto de vista objetivo, porque es antiestético; tercero... ¿qué se yo? Creo que llegó a diez "considerandos" y veinte "artículos". ¿Y yo?... Pues, hija, inmediatamente me compré una cigarrerita de oro muy mona, y, cuando me encontraba con Soto, la sacaba y le ofrecía un turco. El, naturalmente, rehusaba, y entonces yo (cuando el ambiente me lo permitía), encendía tranquilamente un cigarrillo y le decía: Ah, es cierto que usted no fuma. Su mamá no se lo permite, ¿no? **(Ríe)**. Ah, qué cara ponía, chica...

ELENA.—Pero, Margot.

MARGOT.—Ayer nos vimos en Pocitos y quise repetir la gracia. Hijita, no me dió tiempo. Me miró muy serio y me dijo: permítame un momento su cigarrera. Se la dí. ¿Y él? ¿Adivina lo que hizo? ¿No lo adivinas?

ELENA.—No.

MARGOT.—Pues, tomó mi cigarrera y la tiró al agua.

ELENA.—No puede ser.

MARGOT.—¡Sí, sí! Y en seguida me dijo: Margot, usted sabe que yo la quiero. Dígame de una vez si me corresponde. ¿Sí o no? Si usted no me quiere no la molestaré más. Así, con la mayor frescura.

ELENA.—¿Y tú?

MARGOT.—Hija, ¿qué quieres que hiciera? Primero lo miré con la boca abierta y vi algo raro en sus ojos que me asustó. Después... después le dí la mano y le contesté: Soto, usted es un hombre enérgico. Así me gusta. Yo también le quiero... Y aquí me tienes de novia. Nos casamos dentro de un año. Pero, ¿qué tienes? ¿Qué tienes, Elenita? No llores, Elenita.

ELENA.—No, si no lloro. **(Se seca los ojos). (Pausa).**

MARGOT.—**(Estallando)**. ¡Ah, si yo le tuviera aquí, en este momento, yo le cantaría cuatro frescas, te lo juro!

ELENA.—**(Llorando)**. No hables mal de él. Todos hablan mal de él... y me hacen sufrir más.

MARGOT.—**(Muy quedo)**. ¿No le puedes olvidar?

ELENA.—(**Mueve la cabeza**). No quiero olvidarle, y no quiero que hablen mal de él. Todos le condenan porque no le conocen. No saben que él también sufre. Yo soy la única que lo comprendo... Yo sé que me quiere. Sí, lo sé. Tantas veces me ha asegurado que yo era todo para él... que ya no concebía la vida sin mí. Y yo sé que decía verdad. ¿Por qué se empeñan en hacerme creer que es un desalmado? ¿Por qué?

MARGOT.—Pero, Elena, si es así... ¿cómo explicas?...

ELENA.—No sigas, por favor, no sigas. (**Saca una carta del seno**). Aquí tengo la última carta que me escribió, la carta en que me dice adiós. La he leído mil veces. Y cuando estoy sola, la vuelvo a leer, y me parece oirlo; y me parece que veo sus ojos tan tristes. ¡Ah, yo sé, yo siento que su corazón sangra como el mío! (**Llora**).

MARGOT.—(**Rodeándola con un brazo**). Vamos al jardín, ¿quieres? Mira qué sol espléndido. Y me vas a hablar con la confianza de antes, cuando no tenías secretos para mí. Ya verás cómo, hablando, vas a sufrir menos. ¿Quieres? (**Elena hace un movimiento afirmativo y salen**).

ESCENA IV

Sra. LAGOS y SOTO

SOTO.—Cálmese, señora.

Sra. LAGOS.—¡Calmarme! ¿Cómo voy a estar tranquila, cuando veo que en todo esto hay un misterio?

SOTO.—Señora, yo le aseguro...

Sra. LAGOS.—Usted se engaña. Debe haber pasado algo muy grave para afectar tan profundamente a Lagos. Hacía ya algunos días que Enrique estaba triste y abatido. A todas mis preguntas contestaba con evasivas. Que no se sentía bien; que le dolía la cabeza. Y esta mañana le vi dirigirse al escritorio de Lagos, pálido como un muerto. Y a los pocos momentos ese grito terrible de mi esposo. Cuando acudí, lo encontré tendido en el suelo, al parecer sin vida y al lado de él, de rodillas, Enrique con los ojos trastornados, incapaz de contestar a mis preguntas. ¡Ah, qué escena! (**Oculta el rostro entre las manos**).

SOTO.—No ha sido más que un síncope, señora. Ya pasó el peligro.

Sra. LAGOS.—Sí, pero, ¿por qué ese síncope? ¿Qué pasó entre Lagos y Enrique?

SOTO.—Yo lo ignoro, señora.

Sra. LAGOS.—Sospecho algo horrible, algo tan horrible que no quiero darle nombre. Enrique se ha encerrado en su cuarto y no abre, a pesar de todos mis ruegos. A mi esposo no me atrevo a interrogarle por temor de una recaída. ¡Y ahora, para colmo, esa incomprensible exigencia de Lagos!

SOTO.—No se oponga a la voluntad de su esposo, señora. Debe de tener motivos muy serios. El contrariarlo, en su estado, sería peligroso.

Sra. LAGOS.—No, no, no me opongo. Pero me estremece la idea de que ese hombre, que ha hecho tanto daño a mi hija, va a estar, dentro de unos minutos, bajo mi techo.

SOTO.—(**Con cierta timidez**). Señora, comprendo su rencor..., pero yo le he explicado los escrúpulos de Verdier y...

Sra. LAGOS.—No le defienda... Debió de haber reflexionado antes de dirigirse a Elena y no después. (**Pausa**). ¡Ah, Soto! La dicha humana es una pobre cosa. Hace pocos días, mi casa era feliz. ¿Y hoy?

SOTO.—Tiempos mejores vendrán.

Sra. LAGOS.—¡Mi Dios, mi Dios! (**Pausa**). ¿Y esa entrevista no le hará daño a mi esposo?

SOTO.—Espero que no. El señor Lagos es un carácter enérgico. Cualquiera haya sido el motivo del accidente, actualmente domina sus nervios. A pesar de todas mis observaciones, el señor Lagos insistió en la absoluta necesidad que tenía de ver a Verdier, sin demora. Concluí por consentir, a condición de que no se levantara de la cama.

Sra. LAGOS.—Elena ignora que Verdier va a venir. He querido alejarla, pero no me fué posible. (**Se dirige a la ventana**). Ahí está, con Margot, en la glorieta. Mi pobre palomita... ¡Que no se encuentre con Verdier! ¡Sería terrible!

SOTO.—Lo mejor sería prevenirla a Margot.

Sra. LAGOS.—Sí. Encárguese de eso, hágame el servicio. (Sale Soto por el foro. Después de un momento entra Enrique por la izquierda, pálido, el cabello en desorden).

ESCENA V

Sra. LAGOS y ENRIQUE

Sra. LAGOS.—¡Mi hijo!

ENRIQUE.—Mamá (pausa). ¿Cómo sigue papá?

Sra. LAGOS.—Mejor. (Pausa). ¡Enrique!

ENRIQUE.—(Levanta la cabeza y mira a la señora Lagos con una mirada mal segura).

Sra. LAGOS.—Enrique, mi hijo, dime la verdad. ¿Tú has cometido un acto... un acto... malo?

ENRIQUE.—(Se arrodilla lentamente delante de su madre y abraza sus rodillas).

Sra. LAGOS.—(Grita). ¡Enrique, habla!

ENRIQUE.—(Con voz ronca). Soy un miserable.

Sra. LAGOS.—(Murmura). Habla.

ENRIQUE.—No puedo. (Se incorpora). No puedo... ¡Perdóname! (Sale como un loco por la derecha).

Sra. LAGOS.—¡Mi hijo! ¡Mi hijo!... (Le sigue).

ESCENA VI

SOTO, después DOMINGA y VERDIER. (Soto entra por la izquierda, atraviesa lentamente la sala, mira un momento por la ventana, y se dirige a la derecha, en el momento de llegar Verdier por la izquierda).

VERDIER.—¡Soto!

SOTO.—(Tornándose). ¡Verdier!... ¡Entra!... (Se acerca a él y le da la mano).

VERDIER.—¡Qué extraña situación! No esperaba volver a poner los pies en esta casa, en donde hasta las cosas muertas, hasta los muros, parecen rechazarme.

SOTO.—Las cosas muertas tal vez te rechacen y aún algunas vivas... pero no todas, porque...

VERDIER.—(Lo detiene con un gesto, pausa). ¿Cómo está Lagos?

SOTO.—Ha reaccionado.

VERDIER.—¿Y Enrique?

SOTO.—No le he visto... No sé por qué Lagos desea hablarte, pero supongo...

VERDIER.—¡Yo sé por qué! ¡Cosas de la vida! Cosas de esta maldita vida, mi viejo. (Pausa).

SOTO.—¿Te han anunciado a Lagos?

VERDIER.—Sí. La criada me condujo aquí... (Coloca sus manos sobre los hombros de Soto). Un triunfador y un vencido. ¡Dos símbolos! (Sarcástico). ¡Ah, qué admirable es la naturaleza, la eterna justiciera! A ti, su hijo respetuoso, lo recompensa; a mí, al hijo pródigo, lo envía de un puntapié al montón de los trastos viejos. (Ríe amargamente). Es lógica esa buena señora. ¿No? Lógica y... cruel. (Quiere dirigirse a la ventana).

SOTO.—No te acerques a la ventana.

VERDIER.—¿Por qué?

SOTO.—Elena está en la glorieta y podría verte.

VERDIER.—(Retrocede, pausa). ¡Elena! (Pausa). ¿Sabe que estoy aquí?

SOTO.—No. (Pausa).

VERDIER.—En ese jardín he pasado las horas más felices y también las más amargas de mi vida; las más felices mientras me forjé la ilusión de que esa flor perfumaría mi existencia. Las más amargas, cuando comprendí mi locura...

SOTO.—¿Tu locura?... Mira, Verdier, por momentos me parece que cometiste un crimen al romper con Elena.

VERDIER.—¡Un crimen! Es natural, así lo califica el mundo y hasta tú, a quien he expuesto veinte veces mis razones. ¡Soy un criminal por-

que tuve el valor de ver claro y proceder honradamente!

SOTO.—¿Estás seguro de haber visto claro?

VERDIER.—Absolutamente seguro. No tengo el derecho, ¿lo oyes?, el derecho de unir el destino de esa muchacha a mi vida fracasada. Tengo la visión nítida de lo que hubiera sido mi matrimonio. ¡Un crimen de lesa naturaleza! Y la naturaleza es inexorable. **(Con amarga ironía).** No quiere civilizarse. La guían siempre los viejos preceptos bíblicos. ¡Ojo por ojo, diente por diente! Yo me he burlado de ella, durante veinte años, y ella se va a reír de mí el resto de mis días.

SOTO.—Por el temor de hacer sufrir a Elena en lo futuro, la haces sufrir ahora.

VERDIER.—Di más bien: por no destruir toda su vida. Elena es joven. Dentro de un año seré para ella un episodio triste, un primer desengaño. La juventud es un bálsamo maravilloso. ¡Ah la juventud! **(Pausa).** Sí, me olvidará... ¿Y yo? ¿Qué hago yo? ¿Quieres decírmelo? **(Pausa).** ¿Qué hago yo, en este mundo en que todo me aburre y nada me atrae? ¿Trabajar? Se trabaja para ganar dinero, y el dinero me sobra. ¿Viajar? He recorrido casi todo el mundo y en todas partes se me antoja igualmente absurdo. ¿Leer? Bah. Antes los libros me encantaban. Hoy, todo lo que dicen me parece falso y académico. **(Risa amarga).** No me quedan más que el alcohol y las mujeres del arroyo. La vida vegetativa, mientras mi cadáver la resista. ¡Ah! Me río, pero mi risa es como la del judío errante. ¡Soy el canto rodado, mi viejo! Seguiré rodando hasta el día en que quede enterrado en el lodazal. Y algún buen amigo, tú, por ejemplo, me desenterrará y me dará cristiana sepultura y pronunciará un piadoso discurso: **(Con énfasis irónico).** Fuiste en vida un perfecto caballero. Descansa en paz, Pedro Verdier **(carcajada)**, y se acabó la comedia. Ahí tienes mi retrato. ¿Te parece muy seductor? ¿No? A mí tampoco. ¿Sostendrás aún que cometí un crimen al romper con Elena? **(Pausa).**

SOTO.—¡No, francamente, no!

VERDIER.—Bueno. Basta de lloriqueos. No quiero amargarte tus horas felices. **(Entra Dominga por la derecha).**

ESCENA VII

DICHOS y DOMINGA

DOMINGA.—¿Quiere pasar, señor Verdier? El señor Lagos lo espera.

VERDIER.—Muy bien. **(A Soto).** ¿Te veré luego?

SOTO.—¡Sí! Cuenta conmigo.

VERDIER.—Te lo agradeceré. Voy a tratar de aburrirte lo menos posible. **(Salen, por la derecha, Verdier y Dominga).**

ESCENA VIII

SOTO, después MARGOT

(Soto se pasea un momento muy pensativo. Después mira por la ventana y su rostro se ilumina. Saluda con la mano y se dirige rápidamente a la izquierda. Entra Margot).

SOTO.—¡Margot!

MARGOT.—¿Mi dueño y señor? **(Le da las dos manos).**

SOTO.—¡Ah, Margot! Dueño y señor. Sospecho que más bien seré su esclavo.

MARGOT.—¿Esclavo? ¡Qué horrible! Un hombre esclavo. Mire que voy a comprar otra cigarrera.

SOTO.—**(Riendo).** ¡No, no! Seré un tirano, un feroz tirano, ¿quieres?

MARGOT.—Lo prefiero. Pero, me permito observarle que usted me tutea.

SOTO.—Es el principio de la tiranía. Todos los tiranos tutean a sus súbditos... Pero permiten graciosamente que los súbditos los tuteen a su vez. Dime tú, Margot.

MARGOT.—No puedo, no puedo.

SOTO.—Sí, Margot. Me harías tan feliz. **(Le besa la mano).**

MARGOT.—**(Ruborizada).** No, no haga eso. ¡Eso no se hace!

SOTO.—Dime tú, o repito.

MARGOT.—**(Se escapa riendo).** Carlos, eres un atrevido. **(Coloca la**

mesa entre los dos).

SOTO.—¡Dime que me quieres!

MARGOT.—¡Ah, qué tirano exigente! Sí, te quiero, te quiero.

SOTO.—¿Mucho?

MARGOT.—¡Hum! Un tanto así. ¡Un milímetro y medio! (Señala las uñas).

SOTO.—¡No me basta!

MARGOT.—¡Tres milímetros!

SOTO.—¡No me basta!

MARGOT.—¡Un kilómetro!

SOTO.—¡No me basta!

MARGOT.—¡Mil! Ay qué tontos somos. Hay que tener juicio. Me voy a acompañarla a Elena.

SOTO.—¡Yo también!

MARGOT.—¡No, no !Elena se aflije más cuando nos ve juntos. Y, además, tenemos que hablar de cosas muy serias, que los hombres no entienden. ¿Vino Verdier?

SOTO.—Sí.

MARGOT.—¡Qué raro! ¿Qué habrá pasado? (Entra Enrique).

ESCENA IX

DICHOS y ENRIQUE

MARGOT.—¿Cómo está, Enrique?... Pero, Enrique, no se desespere así. (A Soto). ¿No es cierto que el señor Lagos está fuera de peligro?

SOTO.—¡Completamente!

MARGOT.—(A Enrique). ¿No ve? Vamos, alegre esa cara, Enrique. Elena es más valiente que usted. ¡Ay, qué va a pensar Elena de mí! La dejo sola. (Sale por la izquierda).

ESCENA X

ENRIQUE y SOTO

ENRIQUE.—(Después de una pausa). Si mi padre hubiese muerto, yo sería su asesino. (Se sienta y apoya la cabeza en las manos en actitud desesperada. Entra Verdier. Al ver a Enrique hace una señal a Soto, el cual se retira por la izquierda).

ESCENA XI

VERDIER y ENRIQUE

(Enrique ha quedado inmóvil, la cabeza entre las manos. Verdier lo contempla un momento. Después se acerca a él y coloca una mano en el hombro de Enrique).

VERDIER.—¡Enrique! (Silencio). ¿Cómo pudiste cometer semejante... bajeza? (Silencio). ¿Por qué no viniste a verme? Nunca me he negado a darte dinero. Nada te obligaba a...

ENRIQUE.—(Levantándose de un salto). ¡Denúnciame! ¡Entrégame a la justicia! Sí, falsifiqué tu firma... Soy un bandido... Entrégame a la justicia. Te he robado cinco mil pesos, y los ladrones deben ir a la cárcel.

VERDIER.—Cálmate... Tu padre me ha devuelto el dinero... Cuando yo vine aquí, ya estaba enterado del asunto... Esta mañana me llamaron al Banco para pedirme el reconocimiento de mi firma. Algunos detalles habían llamado la atención del Contador... Pero me fué fácil salvarte... Declaré que, efectivamente, mi firma estaba algo alterada, lo que atribuí al hecho de haber extendido el cheque en un momento de nerviosidad... Concluyeron por disculparse. De modo que tu honor ha quedado en salvo... ante el Banco.

ENRIQUE.—Yo no sé cómo agradecerte...

VERDIER.—No me agradezcas nada.

ENRIQUE.—¡Ah! Nunca más podré levantar la vista en presencia de mis padres... Qué locura... Qué locura... Fué un momento de ofuscación. Mi padre insistía en que fuera a la estancia... Y yo no quería. No sirvo para trabajar... Soy un inútil. En el campo me hubiera muerto de tedio. Y entonces Sargazo me habló de un negocio espléndido... infalible.

VERDIER.—¿En sociedad con Barba Azul?

ENRIQUE.—Sí.

VERDIER.—¡Pobre Enrique! ¡En buenas manos estaba el negocio!

ENRIQUE.—¡Qué quieres !Estaba desesperado. Necesitaba cinco mil pesos. Mi padre no me los quiso dar. A ti no me atreví a pedírtelos por delicadeza.

VERDIER.—¿Por delicadeza?

ENRIQUE.—¡Sí! No quise pedirle dinero al novio de mi hermana.

VERDIER.—**(Moviendo la cabeza)**. ¡Se ven cosas raras en este valle de lágrimas! ¿Te pareció más delicado lo otro?

ENRIQUE.—Qué quieres, soy un loco. La misma noche los perdí a la ruleta. Iba a pegarme un tiro, pero me faltó valor y esta mañana le confesé todo a mi padre.

VERDIER.—**(Grave)**. Y a tu padre tu... locura hubo de costarle la vida. ¿Y tu madre, está enterada?

ENRIQUE.—¡Sí!

VERDIER.—¡Ah... Enrique... vas por mal camino! Cuando los resortes morales empiezan a aflojar... la máquina humana ya no sirve sino para hacer daño... a los demás. ¡Oh!, no creas que pretendo dirigirte un sermón. Me siento con muy poca autoridad para ser severo contigo... Tan canto rodado como tú, soy yo mismo, aunque en otro orden de ideas. **(Entra la señora de Lagos)**.

ESCENA XII

Dichos y la Señora de LAGOS

Sra. LAGOS.—**(Muy pálida, el rostro petrificado por el dolor. Voz lenta y monótona. Avanza un paso y clava la mirada en su hijo, el cual se desploma en un sillón)**. Yo lo he llevado en mis entrañas... le he dado mi sangre, es mi hijo... Su padre lloró de felicidad cuando él nació ... y ahora es un estafador.

ENRIQUE.—¡Mi madre!

Sra. LAGOS.—Era rubio como un ángel y sus ojos eran azules y puros como el cielo... y ahora es un estafador. **(Enrique ha bajado la cabeza y se queda inmóvil)**.

VERDIER.—**(Suplicante)**. Señora...

Sra. LAGOS.—Hace muchos años, fuí con tu padre... a visitar... a un próximo pariente tuyo, que estaba en la cárcel. Yo miré por la ventanilla de una celda a través de un vidrio rojo, y vi, sentado sobre un catre, a un hombre vestido con un traje rayado... Tenía la cabeza rapada y su cara era como la de un muerto... Leía una carta y por sus mejillas corrían lágrimas. A través de la ventanilla parecían gotas de sangre. La carta era de su madre. Poco después murió en la cárcel... ¡Había cometido una estafa! **(Enrique estalla en sollozos)**.

VERDIER.—**(Muy conmovido)**. Perdónele, señora. Ha tenido un mal cuarto de hora. Nadie, fuera de nosotros, va a saber lo que ha pasado.

Sra. LAGOS.—**(Rodea a Enrique con un brazo y levanta el otro con gesto trágico hacia Verdier)**. Yo no sé hasta qué punto puede ser usted el juez de mi hijo. El es más joven y menos inteligente que usted... Usted era su oráculo... Usted dirigió sus primeros pasos cuando mi hijo se hizo hombre. Usted lo inició a la vida noctámbula... Usted lo pervirtió, en vez de aconsejarle. Usted, sí, usted el mal amigo.

VERDIER.—Señora, usted es injusta... yo...

Sra. LAGOS.—**(Interrumpiéndole)**. Hay en esta casa una niña de veinte años. Es mi hija, Pedro Verdier. Yo la crié con mil cuidados, como una flor. Yo temblaba cuando notaba una sombra en sus ojos. Ningún dolor la había rozado, cuando usted entró en su vida, para destrozarla de un zarpazo. ¿Soy injusta, Pedro Verdier?

VERDIER.—**(Anonadado, murmura)**. Reconozco mi crimen.

Sra. LAGOS.—Existe una justicia suprema en la cual usted quizá no crea. Pero ante ella usted tendrá que dar cuenta algún día del mal que ha hecho a mis hijos. **(Silencio corto)**. ¡Ven, mi hijo! **(Enrique se incorpora, mira de soslayo a Verdier, y se dirige con su madre a la puerta, pero antes de llegar a ella, se torna bruscamente hacia Verdier)**.

ENRIQUE.—(**Tendiendo la mano**). Vedier, yo quisiera...
Sra. LAGOS.—¡Enrique! No le des la mano. (**Salen**).

ESCENA XIII

VERDIER, después ELENA.

(**Verdier ha seguido en el mismo sitio como anonadado. Después de un momento toma su sombrero y quiere retirarse por la izquierda. Entra Elena por la izquierda, segundo plan**).

ELENA.—¡Pedro!

VERDIER.—¡Elena!

ELENA.—(**Apoyándose en una silla**). ¿Usted aquí?...

VERDIER.—Sí... Elena... he venido... llamado por su padre por un asunto urgente. La casualidad me pone frente a usted... Perdóneme... me retiraré inmediatamente. (**Ademán de salir**).

ELENA.—Pedro... yo quiero... que usted... sepa... (**Llora**).

VERDIER.—(**Con voz temblorosa**). Elena... yo no intentaré una imposible defensa, ni me atrevo a pedirle que me perdone el mal que le he hecho. Yo no valgo una sola de las lágrimas que usted llora por mí. Créame que ningún martirio, por atroz que fuera, me haría tanto daño como su llanto... No; no llore por mí. Olvídeme... despréocieme... pero no llore por mí.

ELENA.—Yo no puedo despreciarle... No tengo nada que perdonarle. Yo sé que usted también sufre.

VERDIER.—(**Con voz sorda**). Sí, sufro como nunca en mi vida porque te hago llorar a ti, a quien venero como a una santa. Sufro porque comprendo que sólo me queda vigor para hacerte sufrir. (**Con irritación creciente**). Sufro porque siento que la dicha se me escapa para siempre. ¡Ah! No me atrevo a estrujarte entre mis brazos y besarte y secar tus lágrimas y decirte: eres mía, y te haré feliz.

ELENA.—¡Pedro!... (**Solloza**). ¡Por Dios!...

VERDIER.—No me atrevo. Sea esa suprema humillación el castigo de mi culpa... No llores... Déjame seguir mi vida de buho.

ELENA.—(**Como alimentando una última esperanza**). Tú me quieres. Lo sé. Lo siento.

VERDIER.—Sí, te adoro. Y porque te adoro, huyo de ti. Yo no puedo darte la dicha a qué tienes derecho. Mi amor por ti es ternura y no la llama sagrada que ya no puede arder en mí.

ELENA.—¡No me tortures! ¡No me tortures!

VERDIER.—Erré el camino. Tomé la senda que conduce a la soledad. Cuando te encontré a ti, ya era tarde.

ELENA.—¡Pedro!

VERDIER.—Ya no puedo volver atrás. Quiero que seas feliz. Conmigo no lo serías. Me olvidarás.

ELENA.—¡Nunca, nunca te olvidaré!

VERDIER.—Sí, me olvidarás, por otro, más digno de ti. Adiós, Elena. En mis horas grises, cuando la vida me parezca un desierto, tu dulce imagen surgirá y me traerá un hálito de la primavera que fuiste para mí. Y quizás tú también, más adelante, en alguna hora melancólica, dediques un piadoso recuerdo a quien hoy te hace sufrir, porque te adora. ¡Adiós, Elena!

ELENA.—(**Sollozando**). ¡Adiós, Pedro!

VERDIER.—¡No llores! ¡Déjame seguir mi vida de buho! ¡Es mi destino!

TELON

LA ESCENA

Precios de suscripción

Capital		Interior	
Trimestre....	2.40	Trimestre....	3.00
Semestre	4.80	Semestre	6.00
Año	9.00	Año	12.00

Número suelto Capital 0.20 Interior 0.25

Pídase en todas las Librerías, kioskos, Subterraneo y vendedores de diarios

Unico concesionario de la venta en la Capital

ALFREDO PAZOS Bmé. Mitre 1464

"LA ESCENA"

REVISTA TEATRAL

APARECE LOS JUEVES CON UNA OBRA DE ÉXITO

Obras publicadas hasta la fecha

	Obra	Autor
1.	Mister Frank	Belisario Roldán (agotado)
2.	La loca del Azul	Enrique García Velloso
3.	Suprema Venganza	Florencio Parravicini
4.	Maridos Caseros	Ricardo Hicken (agotado)
5.	La casa de las Morales	Roberto Cayol (agotado)
6.	Un Hombre	Francisco E. Collazo (agotado)
7.	En la tierra de la paz y del amor	Enrique García Velloso (agotado)
8.	La Mujer fuerte	César Iglesias Paz
9.	El sobrino de Malbrán	José León Pagano (agotado)
10.	El Caudillo	V. Martínez Cuitiño (agotado)
11.	Los Provincianos	Alberto Novión
12.	El mayor prejuicio	José González Castillo
13.	Conservatorio «LA ARMONIA»	A. Discépolo y R. De Rosa
14.	Retazo	Dario Nicodemi, trad. de J. F. Escobar
15.	La niña a la moda	Belisario Roldán
16.	El secreto de los otros	José León Pagano
17.	El pariente político	Ricardo Hicken
18	El Diputado por mi pueblo	Defilippis Novoa
19.	La pobre gente y Mano Santa	Florencio Sánchez (agotado)
20.	El campo alegre	José de Maturana
21.	La vida inutil	Carlos M. Pacheco
22.	El Mascotón	Enrique García Velloso
23.	Blasones de Plata	José Antonio Saldías
24.	El Chueco Pintos	R. J. De Rosa y A. Discépolo
25.	La Ley oculta	C. Martínez Payva
26.	Cosas de América	Ismael Cortinas
27.	La Túnica de Fuego	Samuel Linnig
28.	El Patio de los Amores	Alberto Novión
29.	Alma de Bohemio	F. Parravicini y H. Zurlo
30.	Más allá de la vida	José León Pagano
31.	Al Campo	Nicolás Granada
32.	Cain	Enrique Garcia Velloso
33.	Papá y Mamá	Ricardo Hicken
34.	La llegada del Batallón	Julio Sánchez Gardel
35.	Jaulas de Oro	Roberto Cayol
36.	La Rondalla	Victor Perez Petit
37.	La casa de las fieras	José Antonio Saldia
38.	El Grillete	José Gonzalez Castillo
39.	El ultimo Caudillo	Tito Livio Foppa
40.	Buenos Aires y A Liquidar Tocaron	César Iglesias Paz
41.	Los Colombini	V. Martinez Cuitiño

Imp. D. GURFINKEL — Montevideo 421 — U. T. 3564, Lib.